



DE LA IDEA A LA ESCRITURA

EDICIÓN ESPECIAL

#130

CULTURA LIBRE
TU VOZ VALE

ESTE ESPACIO ES TUYO

Hacete parte del equipo enviando aportes a:

info@rculturalibre.com



- Artículos de opinión
- Poemas
- Ilustraciones/caricaturas
- Fotografías
- Ensayos cortos

O cualquier otra forma de expresión que muestre tu postura frente a la coyuntura nacional.



Todas nuestras ediciones están en línea en nuestro sitio web e ISSUU

**COMPARTAN SU OPINIÓN
EN LAS REDES SOCIALES
USANDO EL HASHTAG
#CULTURALIBRE**

f /RCulturaLibre
t @RCulturaLibre
@RCulturaLibre
www.rculturalibre.com
info@rculturalibre.com

Lo que se publica en este espacio, no es necesariamente el sentir o punto de vista de los realizadores. Exprésate de manera libre y sin censura.

EDITORIAL

La revista Cultura Libre tiene el agrado de presentar y publicar el resultado del taller De la Idea a la Escritura realizado los últimos meses del año 2024. Durante el cual más de una docena de jóvenes nicaragüenses fueron guiados para la elaboración de textos literarios.

Agradecemos al docente Mario Martz, así como también a todas y todos los chavalos que aplicaron y confían en nosotros. También resaltar la participación de los que fueron seleccionado, esperamos que todo el contenido aprendido sea de utilidad en sus futuros proyectos personales.

Sé parte de la revista Cultura Libre, solo tenés que compartir tu punto de vista acerca de la realidad nicaragüense a través de un artículo, poema, microrrelato, frase o infografía sobre el tema del próximo mes, al correo info@rculturalibre.com porque ¡Tu voz vale! #CulturaLibre.

CONTENIDO

AL MEGÁFONO

08 **CHEPITO,**
EL CHAVALO DEL VALLE
DE LOS MANGOS

Por: Jubia Ugarte

15 **LIGERA**

Por: Isabella Rivas

26 **COSAS DE GATOS**

Por: María Jesús López

33 **LAS NIÑAS**
BONITAS NO LLORAN

Por: Iza Brooks

40 **ENTERRADO**
EN LA MONTAÑA DE
DIAMANTES.

Por: Fernando Calderón

85 **CARNE SANTA**

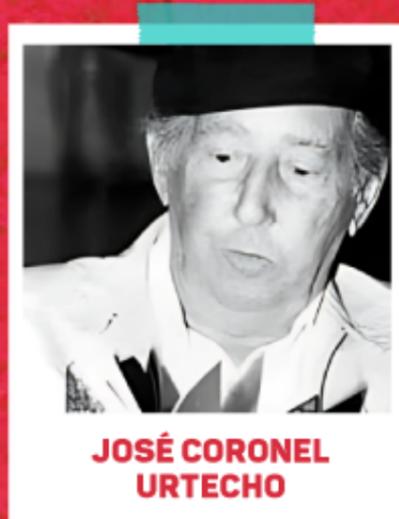
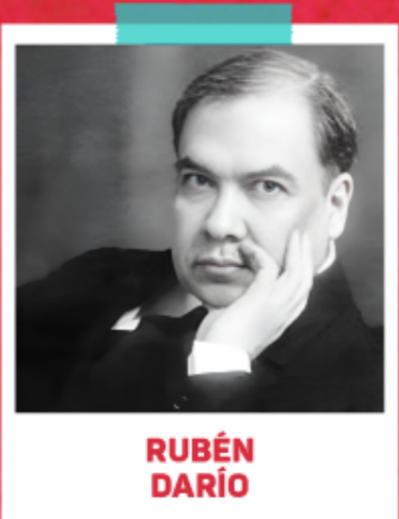
Por: Fernando J. Ruiz

93 **COLAPSO**

Por: Rolando Dávila

¿SABÍAS QUE?

ESTOS SON **6**
ESCRITORES NICARAGÜENSES FAMOSOS:



**Y VOS ¿QUÉ OTRO
ESCRITOR NICARAGÜENSE
AGREGARÍAS A LA LISTA?**



CULTURA LIBRE
TU VOZ VALE

“

La escritura
NO ES PARTE DE LA
MÁGIA,
SINO DE LA
PERSEVERANCIA

RICHARD NORTH PATTERSON





▶ AL
ME
GÁ
FO
NO

AL MEGÁFONO

AL MEGÁFONO

AL MEGÁFONO

CHEPITO,

EL CHAVALO DEL VALLE
DE LOS MANGOS

Escrito por: Jubia Ugarte



Los primeros rayos del sol apenas logran rozar la espesa neblina que abraza las tierras de mi pueblo, este rincón caluroso y fértil conocido como el Valle de los Mangos, famoso por sus caminos bordeados de árboles frutales y el aroma de la tierra caliente. Cada mañana en este ritual cotidiano, mi nariz se llena del olor del café recién colado y del pan horneado por mi madre, María, a quien de cariño llamé "la Maríita". Con sus manos suaves y dulces como la mielita del tamagás, prepara las canastas de pan elaboradas por los artesanos de Masaya, pueblo de venados y artistas. Ese aroma me recuerda los tiempos cuando era un niño, siempre de la mano de mi madre, conquistando otros suelos. Esos bocados de vida que traen los sabores del ayer.

Soy José, para los amigos soy Chepe, un joven de piel morena y cabello "chirizo", apasionado por la mecánica y la fotografía. Viajero del tiempo, llevo en cada hebra de mi cabello la fuerza de mi madre y mis ancestros. El olor a maíz nuevo y pan recién horneado cubre mis labios, como migajas que caen sobre las calles de mi pueblo. Allí, revivo los ecos del niño de pies descalzos, marcado por dos franjas, una azul y una blanca, los colores que me pertenecen. Soy el cuarto de ocho hermanos y, sin duda, el más aventurero de todos. Me llamaban "el muchacho de los pies descalzos" porque viví mucho tiempo sin calzado durante el primer y segundo grado escolar.

Es septiembre, y la bandera ondea con orgullo, mientras los sones de la marimba acompañan los desfiles que llenan las calles. Aquí, en este valle verde, lleno de curvas y veredas, paso recorriendo hasta llegar al horno de picos con azúcar o al pan de mujer que revienta al sumergirlo en agua y explota en mi paladar, una pequeña ausencia que solo se llena al saborearlo. Sigo pensando, recordando los tiempos en que la necesidad me achicaba la cabeza de tanto escuchar **"No tengo dinero, hijo. Tal vez en otra pasadita"**. Pero aquí sigo, al lado de mamá, humeando este fuego que revienta chispas, como si alguien viniera a visitarnos. Un fuego ardiente e inapagable, que ni el viento ni el agua pueden enamorar.

Tomo el camino, siguiendo la ruta de siempre, ofreciendo los panes de mi madre, a quien de cariño le llamo "la Marii-ta". Vivimos en el barrio El Calvario, cerca de los rieles del tren que viajaba desde San Juan del Sur hasta San Jorge, y el sonido de las ruedas sobre los rieles retumbaba en mi niñez, acompañando mis pasos descalzos por las calles polvorientas del barrio. Hoy, ese sonido es un eco cercano, igual que mis pasos que se graban en mí como las huellas en la arena.

Al cargar esos canastos de pan, tejidos con esmero por los artesanos de Masaya, veo un mar de colores y sabores que se despliegan ante mí, como el son de la marimba, viajando libres como un guardabarranco en busca de su nido. Voy, paso a paso, anunciando el pan:

—¡Va el pan, va el pan! ¡Rico y sabroso el pan! —



En el camino, me cruzo con Don Carlos, un vecino y amigo de la familia, un hombre pícaro, de gran bigote y risa contagiosa, con la piel manchada por el sol de los años. Siempre está lleno de palabras sabias y una presencia que reconforta como una lluvia fresca. Me observa con el canasto lleno y me lanza una de sus frases típicas:

—¡Mijo! Ese pan tiene que venderse rapidito, ¿eh? Y si te sale una linda dama por el camino, sabes bien qué decirle, ¿verdad? Que sos un chavalo fachento—, me dice con su sonrisa amplia y cálida, —Porque, gracias a Dios, por tus venas corre pasión, querido Chepito—.

Sus palabras se funden con el calor del día, mientras las calles de mi pueblo se llenan de sonos y nuevas aventuras, pisando el asfalto en un lugar que siempre miro cerca, un hombre niño que se encuentra con la musa de su menta. De repente, mi mirada se detiene en un rostro que evoca mis sueños de infancia. Ella, morena de piel Chanel, altota como los bambús, sonrisa fina y perfecta como las nubes que siempre me conquistó desde que era un chigüín, aparece tras la bruma de mis recuerdos.

Después de tantos años, ahí está, como bajada del cielo en una noche estrellada. ¡Es bella! Sus ojos de café naranja son como los atardeceres que he admirado desde siempre, robusta como un guanacaste y con esa voz melodiosa que siempre supo detener mis pasos. En ese momento, me miró, ella me mira, y todo lo que menos pensé sucede: tropiezo con una piedra grandota y, ¡pum!, todo el canasto de dulces manjares se desparrama, llamando la atención de todos. Los trozos de pan se esparcen por el suelo, y me siento más avergonzado que un chancho en misa.

Mientras recojo los pedazos, siento una mano suave que me toca el hombro. Sin pensar que podría ser ella, me giro y la veo. Su voz, como un eco familiar, me dice:

—Hey, Chepe, ¿estás bien?

Y yo, con la cara más roja que un tomate, le respondo:

—Sí, negra, estoy bien, gracias.

En ese momento, la vergüenza me hizo sentir como un espantapájaros descolorido, pero ella solo ríe, una risa contagiosa que me recuerda aquellos días en que llenábamos el valle de alegría con nuestras travesuras.

—¡Chepe, chepe! ¡Qué bueno verte! Nunca te olvidé, siempre me acordé de aquel niño de risa contagiosa y ocurrencias locas —dice, su mirada llena de cariño—. ¿Cómo te ha ido en este valle que nunca se apaga?

—Bien, aquí andamos, tratando de sobrevivir y vender un par de panes —le contestó con una sonrisa pícar—. Aunque, a veces, el canasto se me escapa de las manos. Pero ahí vamos, como los sapitos en la lluvia.

Nos quedamos un momento en silencio, mientras el sol sigue asomándose entre las nubes y el viento arrastra ese olor de tierra húmeda, el mismo que nos acompañaba cuando éramos niños.

—¿Y tu mamá, la Mariita, ¿cómo está? —pregunta ella, con una dulzura en la voz que me recuerda cómo solía ayudarnos a vender pan.

—Ah, mi mamá siempre igual, con esa fuerza que parece sacada de otro mundo —le contesto, sonriendo—. Todavía hornea, todavía cuida cada detalle... siempre tiene algo que decir cuando me ve apurado. Dice que el que mucho corre, rápido se cae.

Ambos reímos, recordando los refranes de la Mariita.

—Doña María... siempre con sus dichos —añade ella—. Cada vez que la veía, me decía: "Mijita, acuérdesse que el que siembra vientos, cosecha tempestades", y luego se quedaba mirándome con esos ojos sabios.

—Sí, nunca fallaba en sacarnos una lección entre risas —le respondo, recordando cómo solía animarnos a no perder el tiempo, pero siempre con un chiste en la punta de la lengua.

Nos quedamos un rato más conversando sobre esos tiempos, los desfiles de septiembre, las noches en las que las estrellas parecían más cercanas, y el eco del tren que solía acompañar nuestras travesuras, envolviéndonos un nuevo silencio, y ella me mira como si quisiera decir algo más, pero no lo hace. Sólo me sonrío, una sonrisa tranquila y sincera.

—Bueno, Chepe, será mejor que sigas vendiendo esos panes, o te van a jalar las orejas cuando llegues sin nada —me dice entre risas.

—Ya ves, el pan no se vende solo —le respondo, ajustándose el canasto en el brazo—. Pero espero verte pronto. ¿Quién sabe?

Ella ríe de nuevo, esa risa que siempre fue capaz de iluminar los rincones más oscuros de este pueblo.

—Claro, nos veremos pronto, no te preocupes. Y, Chepe... cuídate. El tren puede haber dejado de pasar, pero las oportunidades siempre andan rondando.

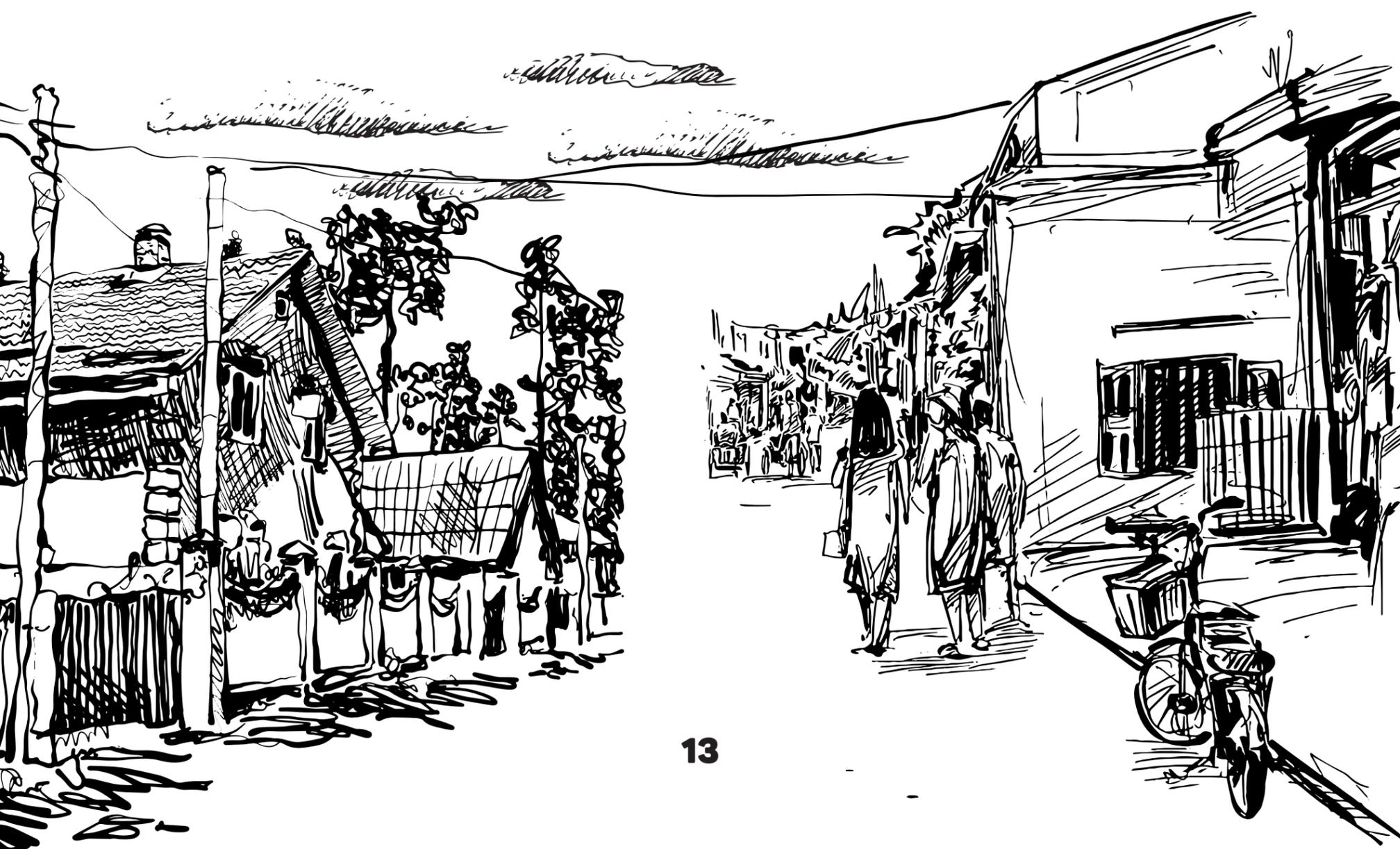
—Gracias, negra. ¡Cuídate vos también! —le digo, y con una última sonrisa.



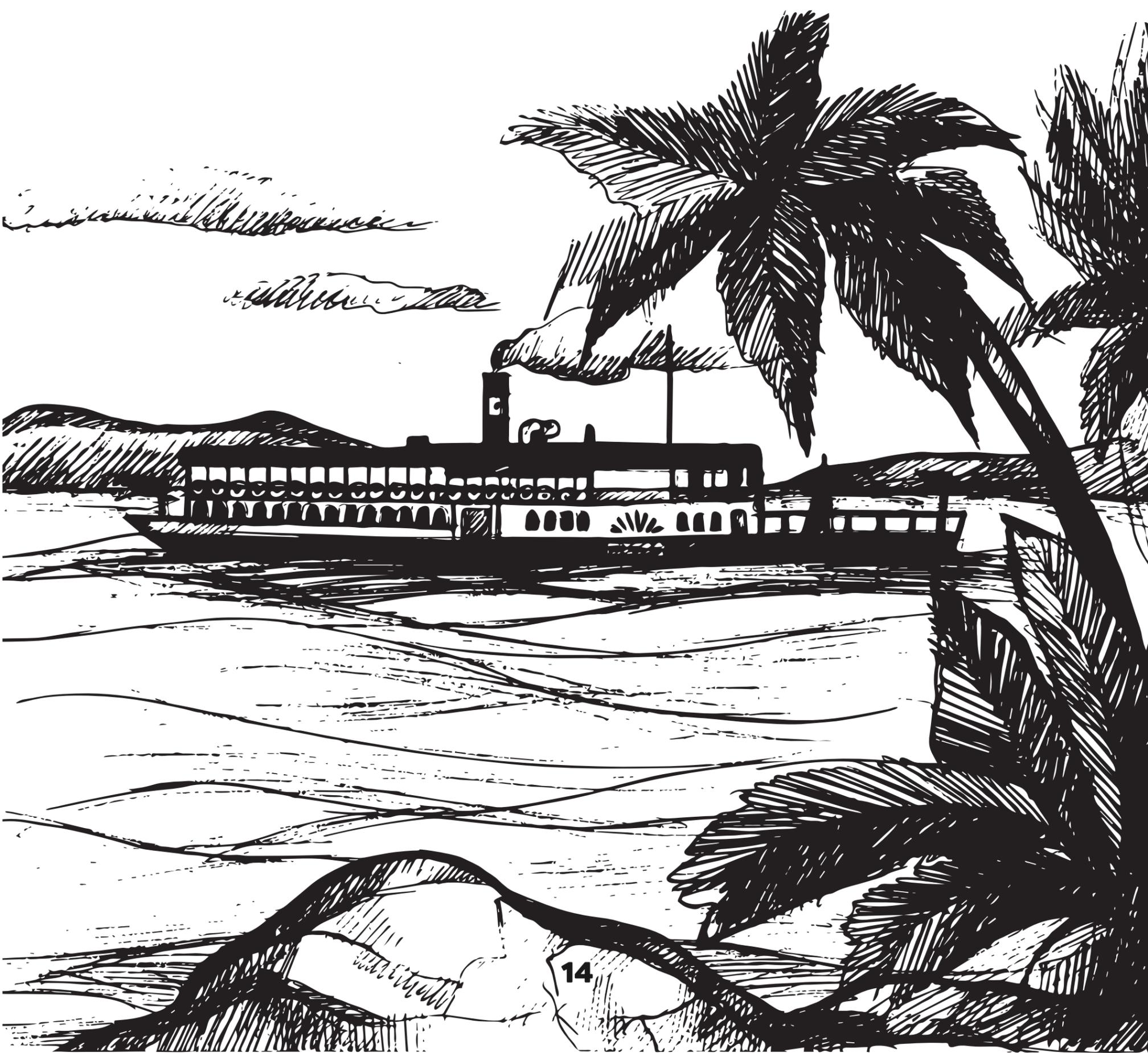
Sigo caminando, entre risas y recuerdos, entre calles que he pisado descalzo tantas veces y el eco de las voces de antaño. El aroma del pan se mezcla con el calor del día, y las calles de mi pueblo se llenan de historias nuevas, mientras en mi mente la imagen de estos pensamientos siempre está presente, como una brújula que me guía de vuelta a casa.

Y este soy yo, Chepito, como me dice Don Carlos, el fachento del Valle de Nicaragua que conquista con el dulce pico de harina y abraza los cielos con su mirada de sol. Ese soy yo, el hombre del valle eterno de Rivas, un amante de las aceitunas y del helado de ron con pasas, que disfruta del vaivén de las olas y de la vista de la isla de Ometepe desde el ferry que me lleva a Moyogalpa.

Hay quienes dicen que siempre tengo un pie en la tierra y otro en el cielo, porque mientras vendo mis panes por las calles, mi mente suele vagar entre recuerdos y sueños. Don Carlos lo sabe. Él siempre me lo dice con una sonrisa torcida: "Chepito, vos siempre vas medio adelante, pero nunca te olvides de dónde venís." Y es cierto. Este valle, estas calles, el tren que ya no pasa... todo sigue siendo parte de mí, como si estuviera escrito en el aire, en los caminos polvorientos y en el aroma del pan recién horneado que mi mamá todavía prepara.



Ahora, mientras el ferry se desliza suavemente sobre el agua, veo cómo la silueta de Ometepe se perfila a lo lejos, y siento que todo lo que he contado no es más que un susurro del pasado, algo que se mezcla con el viento que me acaricia la cara. Las risas de los viejos amigos, las palabras de Don Carlos, las travesuras entre los cacaotales, todo parece tan cercano y a la vez distante, como si el tiempo aquí fluyera de una manera distinta. Y yo, Chepito, sigo avanzando, dejando que la bruma del lago se lleve mis pensamientos mientras el horizonte me promete nuevas historias, aunque por ahora, solo esté navegando entre recuerdos.



LIGERA

Escrito por: Isabella Rivas

Frustrada y cansada de la vida, Carolina se sienta en la barra del bar y pide un whisky seco. Con el calor que hace en este lado del país, es raro que alguien pida whisky, pero las ganas que Carolina tenía de suicidarse (¡es broma?) crecían más y más cada día y en ocasiones anteriores lo único que la calmaba era la sensación caliente que un buen whisky te dejaba en el pecho al bajar por la garganta.

Caro suspira al terminarse el vaso, y luego pide uno doble. Esta vez le da su tarjeta de crédito al bartender para abrir una cuenta; “no me haría mal un cigarrillo tampoco”, piensa Carolina.



Toma su vaso y gira en el asiento para observar a las personas que se encontraban dentro del bar. Hay dos tipos de personas que se encuentran en un bar un martes en la noche: gente celebrando algo especial o perdedores. Ella obviamente es una perdedora esta noche.

Como se lo esperaba, no había muchas personas en el local y de las pocas que sí había, además de beber también comían algo para absorber el alcohol. No estaban aquí para perderse. Pero Carolina nota que sí había alguien sentado en una mesa, ya con varias botellas de cerveza vacías a un lado. No nota al principio quién era porque había un mesero tapándole la vista, pero una vez este se mueve, los ojos de Carolina se abren de la sorpresa. Es Lorena, su hermana menor.

El verla en tan estado le hace recordar a Carolina cuando la vio por primera vez hace unas pocas semanas.

La decisión de volver a casa no había sido fácil para ella. Es más, de todas las ideas que se le ocurrieron, ni en un millón de años ella hubiera pensado que al final tendría que decidirse por la que terminó siendo la única opción viable. Claro, que volver a estar frente a su hermana, de nuevo, después de no verla y hablarle por más de diez años era también un gran incentivo para cualquier otra de las opciones; pero siendo realistas, era volver o suicidarse.

Y Carolina es muchas cosas, pero no suicida. Al menos aún no.

Nunca creyó que estaría en esta situación a sus cuarenta y tantos años: sin trabajo, sin casa, sin pareja, todo yéndose al carajo. Tanto así, que no le quedó de otra que volver a su casa de la infancia, donde lo único que le queda es su hermana, la familia de ésta y la mitad de la misma casa con la que no se pudieron poner de acuerdo para vender, por eso la ley del hielo por tanto tiempo.

Pero allí había estado ella, de pie desde la cuadra frente a la casa de su padre, que en paz descanse. No todas las

luces de la calle estaban funcionando, pero con suerte había una frente a la casa que sí servía, lo que le permitió a Carolina espiar la casa mientras se armaba de valor para tocar la puerta.

Las casas de este lado del pueblo son antiguas, con un estilo español de antaño que la alcaldía no deja que los dueños cambien las fachadas para cuidar el patrimonio nacional o al menos, esa era la excusa que siempre ponían. Por eso no había ventanas dando a la calle, solo dos puertas gigantes de madera que apenas y dejaban que un poco de luz de dentro se viera en las rendijas cerca del piso. Carolina había notado de inmediato la casa ahora era de un color rojo carmesí, lo que, a su parecer, la hacía ver más llamativa y más en la noche con la luz de la luna y la del poste puestos sobre ella. Había sido extraño para ella ver el lugar donde había crecido, igual pero aún así diferente.

Carolina había revisado su reloj de muñeca, intentando distraerse de sus pensamientos; habrían sido cerca de las nueve de la noche.

El bus la había dejado como a las seis de la tarde, y luego decidió distraerse en el centro de la ciudad, viendo tiendas, comiendo pancitos y simplemente buscando cualquier cosas que hacer que le diera unos minutos más para poder estar lejos de afrontar la realidad que la esperaba con ansias.

Pero la realidad era simple, tenía que tocar a la puerta, hablar con su hermana y el marido de esta, y luego irse a acostar.

Claro, podría también haber buscado algún hotelito barato de por estos lados, alguno debía haber con una habitación disponible. Gastar más de sus ahorros no le encantaba precisamente a Carolina, pero sus ganas de correr eran más grandes que su valentía, tal cual león miedoso del mago de Oz, así que había empezado a agarrar su maleta para darse la vuelta y caminar lejos de la casa cuando una luz de afuera se encendió y una de las puertas se abrió.

—¿Caro?

Se había vuelto rápido y la vio a Lorena, su hermanita. La última vez que la vio era aún bastante joven, de veinte años, pero ahora se veía como toda una mujer adulta, con el pelo algo alborotado por lo noche que era, en sus pijamas, lista para buscar el quinto sueño. O el sueño la encontraría a ella.

—Hola hermanita— le sonrió— Tanto tiempo, ¿no?

Lorena solo había resoplado y sin decir nada más había vuelto a entrar, dejándole la puerta abierta. Clara invitación de que es bienvenida. O por lo menos, no la estaba mandando a comer moscas, lo que fue afortunado cuando lo repiensa.

Sintiéndose agotada, Carolina había arrastrado su maleta dentro de la calle y cerrado la puerta, sellando su destino de quedarse.

El sonido de una botella quebrándose la devuelve al presente. Deja salir el aire acumulado en sus pulmones, intentando recomponerse y recordarse donde se encontraba en aquel instante: en un bar, donde su hermana con la que no se habla también se encuentra, bien borracha para agregar, y esta no la había visto todavía.

Carolina empieza a voltearse y hacer como que no vio a su hermana cuando esta la vislumbra y le grita desde el otro lado del local. Bueno, ya la vio.

—¡Caro! —Lorena se levanta de su asiento, haciéndole señas— ¡Ven! ¡Hermana, veeeeen, por favor!



Ella, con la poca honra que le quedaba, se gira, le sonrío al bartender y le indica que ira con su whisky donde su hermana pero que siguiera con la cuenta abierta. Se levanta y va a sentarse con ella, sus pasos sintiéndose pesados.

Lorena, con rapidez, la abraza fuerte y con muchas ganas, que la estaba dejando sin aire. Cuando ya la suelta, Carolina la observa de reojo.

—Ren, ¿estás bien? —el apodo se le sale de repente y les sorprende a ambas que lo use. Solo ella le podía decir a su hermana pequeña así. Lorena se recupera rápido del asombro y le responde.

—¡De maravilla! Estoy súper híper mega fantástica, por supuesto. ¿No me ves?

“No, realmente no”, piensa Carolina. Se sienta y observa a su hermana. Trae el pelo despeinado, como cuando andas en motocicleta sin casco. Sus mejillas están rojas de tanto sonreír, si sus pequeñas risitas son de fiar. La cerveza era de seguro un factor a considerar también.

Carolina suspira y termina su trago de whiskey. No sabe que contestar, pero no es necesario.

—No creo que lo sepas —empieza Lorena, aun con una sonrisa en su rostro, pero sus ojos denotan tristeza— pero papá lloró mucho cuando te fuiste a la universidad, él decía que lo abandonaste. —Vuelve a reír sin ganas— Claro, solo lo decía cuando estaba bien borracho, ¿sabes? A la mañana siguiente ya no se acordaba de nada. Pero yo, pues yo tenía diez años cuando te fuiste a estudiar a la capital.

“En esa época, venías cada dos fines de semana, para lavar ropa, ¿te acordás? Pero con los años, dejaste de venir tan seguido, solo volvías en vacaciones. Y cuando te graduaste, conseguiste trabajo, un lugar bonito donde vivir, un novio, amigos, y solo te olvidaste de papá. Te olvidaste de mí.

“Para cuando terminé la secundaria, papá ya estaba viejo y no podía darme el lujo de dejarlo solo, ya no había nadie más para cuidarlo. Así que me quedé y tú no volviste hasta que murió.

Lágrimas ruedan por las mejillas de Carolina. Ella y Lorena no hablaban mucho en aquella época, pues qué se supone que una joven de dieciocho años hable con una niña que ni a la pubertad había llegado aún. Para cuando tal vez ya podría haber conectado con su hermana, Carolina ni siquiera lo había intentado.

—No era mi intención dejarte sola.

—Pero lo hiciste.

Carolina suspira.

—Lo sé. Y lo siento. Debí haber intentado ser una mejor hermana y no lo hice. Quería escapar con tantas fuerzas de aquí que no me di cuenta, o no quería darme cuenta, que también te estaba dejando atrapada.

Se estira y toma la mano de Lorena, al principio dudando, pero cuando su hermana no se aparta, Carolina la aprieta.

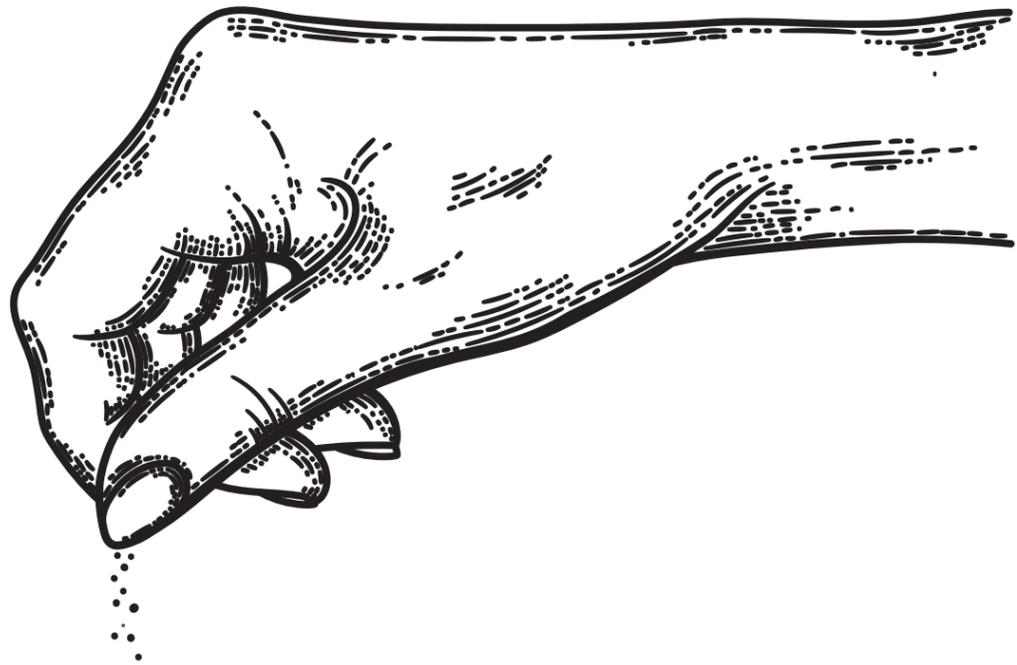
—Ren, hiciste todo lo que yo no estaba dispuesta a hacer. Me arrepiento de muchas cosas a lo largo de los años, pero no estar ahí para vos mientras crecías, siempre será el mayor remordimiento de mi vida.

Lorena le sonrío, la primera sonrisa de verdad en las semanas que llevaba aquí, y le pone su otra mano sobre las otras que ya estaban enlazadas.

—¿Vamos a casa? —pregunta Lorena.

Carolina solo asintió, lágrimas acumulándose en sus ojos.

Lorena despierta con un terrible dolor de cabeza, lo que no debería sorprenderle considerando la cantidad de cerveza que bebió la noche anterior. Christian dormía junto a ella, le sorprende que esta vez no lo hubiera oído llegar



del turno nocturno; debía haber estado muy borracha para no inmutarse durante la noche. Con pocas ganas, se levanta para empezar el desayuno.

Entrando a la cocina, Lorena encuentra a Caro cocinando. Estaba haciendo pancakes. No es algo que ella hiciera con mucha frecuencia, ya que requería cierta paciencia y tiempo que casi nunca tenía en la mañana. Pero ahí se encuentra su hermana, revolviendo la mezcla con una batidora de mano.

Ver a Caro ya no le da esa furia y rencor que sintió esa primera noche al verla fuera de la casa la noche que se apareció. Desde entonces, intentó evitarla cada mañana. Verla cocinar le hacía recordar la primera mañana cuando regresó.

Lorena se había despertado temprano, con muy pocas ganas de levantarse de la cama. Su esposo seguía roncando al lado de ella, al igual que ahora. Sonríe al recordarlo. Sus ronquidos no eran tan ruidosos, al menos no como para que la molestaran mucho. A veces, Christian hacía ruiditos adorables que nadie más conocía excepto ella.

Intentando no molestarlo, Lorena se había levantado de la cama y caminó hasta la cocina, para iniciar con el desayuno de su familia.

Había sido viernes y los viernes pueden ser un buen día para ella o malo en general. Christian estaba en el turno nocturno desde hace como un mes, por lo que necesitaba dormir buena parte de la mañana para recuperarse. También, los niños iban a la escuela, excepto los últimos viernes de cada mes, que precisamente había sido ese día. Por lo que nadie se levantaría temprano y todos tendrían un

hambre horrible cuando finalmente se despertaran. Por eso Lorena intentaba siempre cocinar temprano lo que se podía cocinar temprano y dejar para después lo que no. Como, por ejemplo, sándwiches.

Fáciles de hacer y no importaba si se lo comían frío, así que, para no atrasarse con el resto de cosas que tenía que hacer hoy, Lorena había empezado a embadurnar de margarina el pan de molde.

Mientras preparaba el desayuno, Lorena se dedicó a pensar en su hermana. No era sorpresa que Caro apareciera esa noche, se lo había dicho en un mensaje de texto unos días antes. O bueno, se lo había enviado a Christian quien se lo dijo a ella. Las hermanas no tenían los números de teléfono de la otra. Así de mal estaba la situación entre ellas.

Lorena no estaba segura de por qué Carolina había vuelto a casa. Aun después de su plática en el bar, no estaba segura. No se habían visto en más o menos trece años, desde el funeral de su padre, desde la pelea que tuvieron por la venta (o en este caso, la no venta) de la casa. Lorena tenía unos veintitantos años en esa época. Estaba embarazada y recién casada con su esposo.

Lorena suspiró al recordar esa época.

En cuanto terminó de hacer los sándwiches, como si eso les hubiera dado una señal, uno por uno, sus hijos fueron apareciendo para desayunar. Uno más dormido que el otro, pero todos con la misma cara de hambre. Lorena rio y les dio a sus bebés de comer, que tal vez ya no eran bebés, pero siempre lo serían para ella.

La más grande, Jacqueline, era la que lucía más viva que los otros dos.

—Jackie, mi amor, ¿me hacés un favor? —Su hija, frunciendo el ceño, asintió— Tenemos una invitada en el cuarto que usamos de bodega, ¿la podés ir a despertar por favor?

Lorena había estado clara que mandar a su hija a hacerlo en vez de hacerlo ella misma era caer bajo, pero suponía que había situaciones donde una mujer adulta podía aún comportarse como una adolescente, y este era uno de esos momentos.

—¿Quién es? —Jackie preguntó.

Lorena había dudado un segundo en responder. Jackie solo la miró, esperando una respuesta.

—Ella es tu...—Lorena alargó la oración, esperando que su cerebro le transmitiera una buena excusa o algo más que decirle a su hija en ese momento—...tía.

Su cerebro no era muy bueno en crear mentiras, al parecer.

—Okay.

Jacqueline solo se había encogido de hombros y salió a buscar a su tía.

“Dios, no puedo hacer esto ahora”, había pensado Lorena.

Con rapidez, agarró los platos de sus dos otros hijos, que ya habían terminado de desayunar y fueron de vuelta a sus cuartos a dormir, los había lavado con rapidez, y tomó el plato ya listo de Jackie y de su hermana, dejándolos en la mesa.

Sin esperar a que ambas entraran al área del comedor, Lorena había agarrado su trapo para limpiar y se fue, buscando algún otro lugar para ocupar su mañana, y así atrasar la inminente plática con su hermana un poco más.

Plática que ya tuvieron porque Lorena había estado teniendo unas semanas trágicas, donde la presión se había acumulado tanto que había decidido ir a emborracharse ayer en la noche para liberar dicha tensión.

Aunque tal vez pudo haberse hecho de una manera diferente, el poder sacarse todo lo que había estado sintiendo los últimos veinticinco años de su vida, le dio a Lorena una paz y una ligereza en su propia piel que no recuerda haber sentido en todo este tiempo.

—Nunca me dijiste el porqué de tu visita. —dijo Lorena, anunciando su presencia en la cocina.

Carolina salta, por la sorpresa.

—Buenos días, Ren.

—Buenos días, Caro. —Lorena alza las cejas. —Entonces, ¿qué pasó? Y eso que no te estoy corriendo, ¿okey? Solo me sorprende que llevas aquí semanas y creo que no te he visto siquiera trabajar desde una laptop.

Carolina suelta la batidora y da la vuelta para observarla.

—Tuve que renunciar. Mi jefa me estaba dando unos problemas que en realidad no eran para mí.

Lorena hace una cara de confusión.

—Querían culparme de unos errores que yo definitivamente no hice —sigue Carolina—, así que renuncié antes de que me despidieran. Al mismo tiempo, porque tengo la peor suerte del universo, mi apartamento se inundó y ya no tenía adónde ir ni con quien hablar porque todos mis amigos eran del trabajo. Así que, vine aquí, al último lugar al que esperé volver.

Lorena arruga la frente.

—¿No tenías novio?

—Eso fue hace años, por favor, ponte al día.

Lorena ríe.

—Qué saltos da la vida, ¿no?

Su hermana se ríe con ella.

—Sí, son necesarios a veces supongo.

Sin pensarlo, Lorena acorta la distancia entre ambas y se lanza hacia los brazos de su hermana mayor. Habían pasado tantos años sin tocarse, que Lorena había olvidado la calidez que siempre había sentido al abrazar a Carolina, lo segura que siempre se sintió al solo estar cerca de su hermana. Respira en su cuello, el olor llevándola a recordar su niñez, cuando todo era aún simple, al menos para ella.

—Te extraño —dijo Lorena entre lágrimas. —Aunque estás aquí, te extraño.

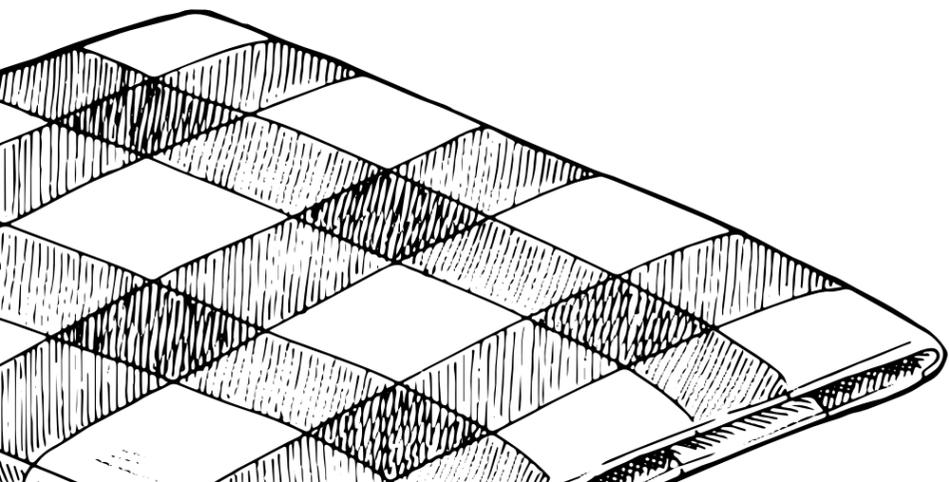
—Yo igual, hermanita.

Después de, ni siquiera se dignó a contar el tiempo que duraron, abrazarse, ambas hermanas se separan, riendo un poco más y juntas, terminan de cocinar el desayuno. Era miércoles, Christian seguiría dormido unas cuantas horas más. Los niños con suerte estaban de vacaciones, por lo que tenían tiempo antes de que despertaran.

Ambas tienen tanto de qué hablar, más heridas que desentrañar, y lo harán, pero no ahora.

Untando una pequeña gota de aceite a una sartén y quitándole el exceso con una servilleta, Carolina echa un poco de la mezcla de pancakes hasta formar un círculo deforme. Cuando las burbujas empiezan a aparecer, Lorena espera unos segundos y luego le da la vuelta al pancake, dándose cuenta muy tarde que el fuego está puesto muy alto, al ver la corteza ligeramente quemada.

Ambas ríen.





COSAS DE GATOS

Escrito por: María Jesús López

Nocturno es un gato callejero que vive en la ciudad, tiene un trabajo como guía turístico nocturno. Mientras persigue su sueño de convertirse en músico de jazz, desde joven soñaba con ser un trompetista profesional y un músico excelente como el trompetista Chet Baker, un sueño limitado por su falta de compromiso con el instrumento a pesar de lo talentoso que era siempre dudo de si mismo . Al pasar los años, se siente cansado.

Una noche mientras trabajaba ocurrió un incendio. Era la discoteca Kiss donde ocurrió un incendio. Según se supo después, el fuego había comenzado a las 1 de la mañana en el piso 3. El gato se sentó al lado de los escombros, él mismo había llevado a muchas de esas personas a ese lugar sin saber qué ocurriría esa noche. Días siguientes, con la mente vacía, tomó su maleta y se fue a su pueblo. Entró a la ciudad y nada había cambiado, excepto la de edad de las personas, ya todos se miraban más viejos. Al recorrer la ciudad, se vio atraído por el olor que emanaba el pan casero de una antigua panadería donde trabajaba su familia. Allí se encontraba Amy, una humana con una mirada compasiva al mundo. El gato entró y preguntó a Amy qué había pasado con los dueños anteriores del local. Ella respondió que habían muerto y, como ella había sido aprendiz del gato Goro, decidió después de su muerte seguir con el local para mantener la memoria del pan.

Amy lo observaba pasivamente, analizaba el nuevo inquilino un felino de aspecto pálido y marañoso con mirada perdida mientras intentaba comprender la escena este gato soltó un bostezo, de cansancio el viaje ha sido largo creí que acá comenzaba mi vida de nuevo para bien o para mal siempre volvemos a lugar donde la vida nos pare, mis padres, a esos gatos los ame mucho ame la dureza de mi padre al ver la vida y como el pan era usado como parábolas que nos dejan mensajes, mientras mi madre ella era toda una poetisa del tejer, amaba tejer y crear para nosotros sus manos eran inmunes al dolor a veces se pinchaba con las agujas y parecía no darse cuenta cuando se miraba inmersiva en la actividad mecánica del entrelazamiento de la lana. Recuerdo más a mi madre porqué será. Recuerdo mucho este pueblo, sus calles limpias, su frío matutino y su gente que toma café reunida en el parque, cuya vista hace eco a la iglesia que está en el centro, una iglesia blanca hecha de mármol. Sabía que había muerto, sabía que hace rato se habían ido, pero no estaba consciente del porqué hasta ahora vine a verlos. Sentí tanta tristeza de su aparida partida.

Entonces gato no sabías y nunca quisiste ver a tus padres una vez que te fuiste a la ciudad, te cegó la luz neón y los sueños pesados que cargabas en tu butaca. Yo era muy joven cuando te fuiste no sabia quien eras yo nací huérfana, empecé a trabajar cuando adquirí conciencia, la vida es injusta con los hijos de nadie. Busque trabajo por la ciudad nadie, quería contratar a una huérfana porque según el pueblo las personas olvidadas por el mundo atraen mala suerte, eso lastimaba mi corazón hasta el punto de querer ir a la ciudad ahí nadie me conocía y tampoco nadie sabía de pasado podría mentir, inventar nuevos aires. Sin embargo una mañana mientras compraba una barra de pan, mire un cartel en la puerta del negocio: Necesito un panadero.



A pesar de todos los acontecimientos que iban ocurriendo en la panadería, se vendía buen pan, y Nocturno empezó a tocar en un café que estaba en el pueblo, no gana mucho, sin embargo estaba feliz con hacer algo que tanto amaba. Era el pueblo un lugar seguro donde, se reencontró con su niñez, y en el lugar se respiraba aire puro.

Las siguientes noches empezó a tener sueños, donde se le aparecía un zorro, este le dijo solo tú puedes pararlo, tienes el poder de acabar con Billy. Los demás sueños eran con Kiss donde volvía a revivir el fuego, y en medio de las llamas la sombra de un sombrero de ala, y una mirada que lo envolvía en terror. Intentó recordar pero nunca tuvo éxito en ello.

Los meses siguieron, y el pueblo se enfrentó a una tormenta fuerte que partió las casas, la panadería tuvo que diversificarse para no tener pérdidas. Amy propuso montar una cafetería, ofrecieron postres y ambientaron con tu



música, la idea era perfecta, le daba nuevos aires a la panadería. El gato frunció el ceño porque no estaba de acuerdo con la idea, pero terminó aceptando para no cerrar el local. El siguiente mes se armó un plan para montar este nuevo negocio, todo salió bien y amy sintió que tenía una familia en ese gato chelicoso.

La noche del cántico lunar

La panadería estaba recibiendo mucha gente, llegaban de todo el pueblo atraídos por el pan, los postres y el buen café. No daba abasto ante tanta conmoción del pueblo, además se hacían pedidos para el único hotel que funcionaba, enviaban 3 bandejas de pan simple y 3 de manjar dulce. Nocturno disfrutaba la atención del público que apreciaba más su música y se reunían para escuchar sus composiciones llenas de sentimientos que desprendía un aura de espiritualidad palpitante, su trabajo estaba en boca de todos pronto, dueños de hoteles, restaurantes y teatros venían a buscar con el propósito que este los deleitara con conciertos enteros.

Una noche mientras salía de un bar, encontró a unos gatos reunidos, uno de ellos lo saludó, mientras lo tomó del brazo dijo me recuerdas soy Eira. Eira era una amiga de la infancia, ahora se había convertido en una bailarina el encuentro por esa noche parecía un ensueño en el fondo el gato buscaba conectar con alguien amado y ser amado. Caminaron por el pueblo mientras se contaban el uno al otro los recuerdos de su infancia, mientras caminaban Eira lo vio y le dijo que le gustaba como tocaba con su trompeta que le recordaba a alguien con el que había salido en la ciudad, su melodía es tan hipnótica como la tuya. El frío de la noche los envolvió por lo que decidieron pasar juntos la noche iniciando su fugaz romance el día martes habían quedado de verse en un bar, para tomar algo Eira se vistió rápido por ya era muy tarde por lo que tomó un vestido negro y un abrigo con su bolsa mientras se apresuró a tomar paso rápido hacia el bar mientras se dirigía a este se topo

con una figura, amor viniste por mi, al darse la vuelta una silueta muy conocida saco de una puñal de su gaban y se la hundió en pecho, mientras reia el puñal hundia sin compasión. Cayó al suelo y en la calle nadie escuchó, al pasar la noche el gato se apresuró al no verla en bar salió a buscarla hacia su casa mientras caminaba aceleró el paso al ver un río de sangre era ella quien agonizaba en medio de la acera, intentó acercarse pero ya se habían llevado su cuerpo. La siguiente semana dos detectives visitaron la panadería, el era el principal sospechoso del asesinato habia sitado a la victima , y se encontró un pedazo de tela que le pertencia a una gabardina azul que usaba muy amanudo el gato.

El detective indicó que el asesino fue Nocturno por lo que al enterarse que la policía venia a capturar procedió a huir porque tenía miedo a lo que pudiera pasar con el.

La partida

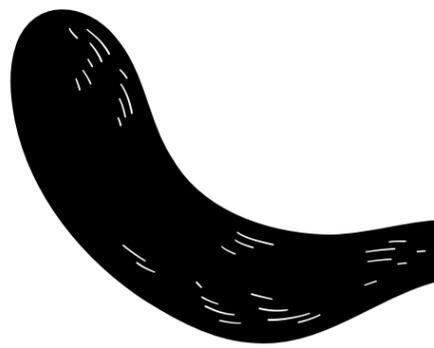
En la cabina telefónica, Amy espera una llamada toma el teléfono, Al otro lado de la bocina se encontraba Nocturno, esperando hablar con ella. Nocturno se había convertido en fugitivo para escapar de la justicia y proteger a Amy.

La noche antes de lo eventos, el gato estaba feliz por fin sentía la vida pasar plácidamente en ese momento las disqueras lo buscaban para que grabara 2 discos además le darían la oportunidad de tocar para otras bandas, nada podia ir mejor sin embargo el no se sentía bien con su exito el padre de Eira un gato gordo dueño de un bar quería que su hija se casara lo antes posiblemente con Nocturno para poder capitalizar el talento de muchacho lo que lo hacía sentir miserable y pensaba que si música no le pertenece a él, sino a las circunstancias De repente observo el reloj y eran las 7 por lo que salio apresurado, lo último que recuerda es la sangre en el piso gritando justicia. Durante 3 años se ha dado la tarea de investigar el caso buscando limpiar su nombre en su investigación documento que la

noche que corrieron los hechos la víctima había ido a otro lugar, mientras caminaba a su encuentro en ese momento se tomo un café con un hombre y este le comento que el queria verla, pero ¿Quién es el ?, el dueño del café nunca habló con los detectives porque tenía miedo o porque realmente a nadie le parecían extraños los acontecimientos.

También recordó que su gabardina había sido robada, pensó que sería una fan no le dio importancia a los hechos, tras tratar de intentar más descubrió que el padre de Eira era dueño de una discográfica y la razón por la que apoyaba el casamiento era para retener el trabajo de nocturno, mientras se quedaba con el pergamino y sus partituras. Nocturno estaba asqueado de tanto cinismo lo habían usado y ahora su música se escuchaba en todos lados mientras no tenía ninguna pista sobre el asesino.

Mientras recorría las calles se encontró un cartel donde promocionan a un nuevo artista, Gálico un talentoso saxofonista que interpretaba piezas únicas y originales que plasmaban el arte del instrumento a la vez que sorprendía a los más escépticos de su talento. Gálico era un joven guapo y carismático que tenía presión por el éxito su padre era político, quería que él siguiera sus pasos pero esto nunca paso. Ahora Billy era el nuevo ícono juvenil del Jazz, aparecía en todos lados una vez, mientras le entregaban las llaves de ciudad, interpretó una pieza musical idéntica a las Nocturno tenía en su pergamino y junto a él se encontraba un murciélago llamado Billy, en ese momento Nocturno entendido todo.



El pergamino

La historia comienza con Miles Davis visitando a una tribu en África, la tribu tenía un Dios de la música que daba a los músicos la gracia de poder conectar a nivel espiritual con las personas que escucharán su música. En los años 70 el músico estaba retirado sin embargo de su viaje trajo consigo el pergamino, los aldeanos le recomendaron llevárselo pues esto le otorgaría gracia para tocar y su música será escuchada para siempre. Cuando murió alguien entro a su casa y robó el pergamino a su vez los años pasaban, todo músico que deseaba triunfar robaba al otro como un acto parecido a una maldición, todos esos músicos murieron, el último en tener este pergamino fue Roger un perro, famoso por ser un pianista reconocido de la última década el pergamino llegó a él cuando se robó a su mejor amigo, quien murió en extrañas circunstancias. El día que Roger tocó en Kiss la noche era brillante, todo estaba pensado para ser una velada increíble hasta que las llamas del lugar lo envolvieron todo, un gato que conocía de esta leyenda mientras se abarrotaba en la puerta para salir tomó este objeto y es quizás acá donde comienza su propia desgracia.

Los días pasaron y nocturno intentó detener su maldición confrontado a sus viejos enemigos busco al padre de Eira y confronto a este descubriendo la verdad, ellos usaban a los músicos. En realidad ellos robaron el pergamino a Miles, e intencionalmente lo dejaban a merced de músicos nuevos, para explotarlo y luego cuando estos deseaban salir de la disquera organizaban los planes para acabar con su existencia y culpar al pergamino por las desgracias.

Al oír esto se echó hacia atrás con un poco de náuseas y mareo tomó un arma e intentó asesinar al padre de Eira, pero detrás de él se encontraba Billy con una sonrisa, sacó un arma de su gabardina y echó plomo en el pobre nocturno nadie escucho, hablo o insinuo nada todo fue eliminado del lugar, mientras los años pasen todo transcurre igual en el pueblo. Y así acaba la historia de un gato con sueños de músico y cuyo destino estaba escrito.

LAS NIÑAS

BONITAS NO LLORAN

Por: Iza Brooks

En la imaginación de mi día perfecto, las preguntas están de más, ¿verdad? Es mi mente, son mis reglas, ¿no? Pero ahí estaba yo, mirándome en el espejo con una pregunta casi absurda en mi mente: ¿Por qué las novias deben llevar algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul el día de su boda? Llevaba el collar de perlas que había comprado para este día, el brazalete que mi abuela Lucía usó en su boda, los aretes que mi mamá me había prestado, y el color azul estaba representado en las rosas de mi ramo. Aunque cumplía con esa tradición, no pude evitar preguntarme si era realmente necesario. Era ridículo pensar que esas prendas podrían salvarme de un matrimonio desastroso, como lo había sido toda mi vida hasta ahora.

Y era aún más ridículo que yo las estuviera usando, a pesar de mi escepticismo, por miedo a algún tipo de mala suerte por no seguir esas creencias. Sacudí la cabeza ante ese pensamiento. Es tu día, Nadine, no lo arruines pensando demasiado, me dije, tratando de traerme a la realidad. El día más feliz de mi vida.



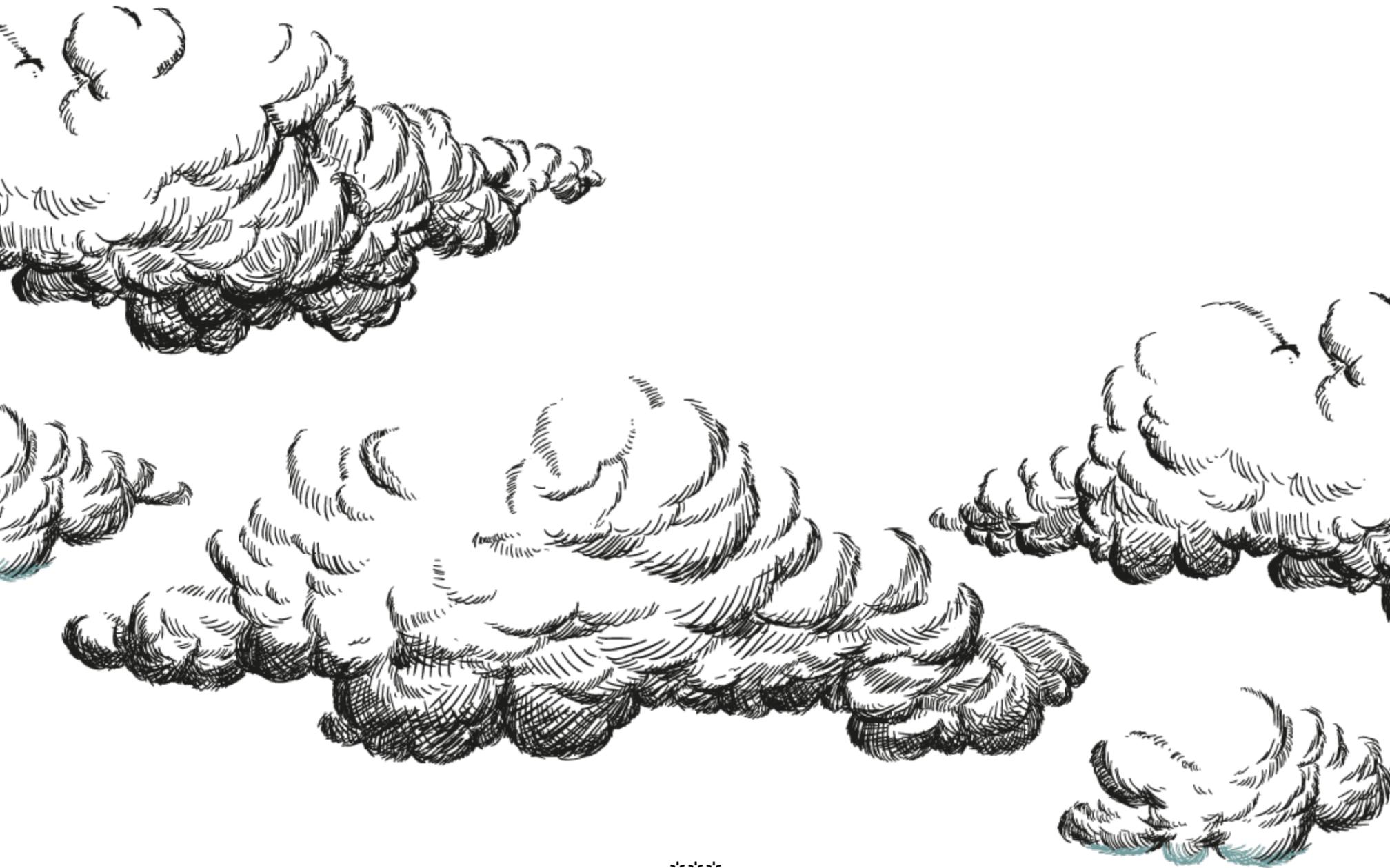


Mirándome en el espejo, una hermosa sonrisa se formó en mi rostro. Aunque siempre había sido hermosa, hoy parecía brillar con una luz diferente, más radiante, más viva, como si el reflejo de mis esperanzas y sueños se materializara en ese instante.

Salí de la habitación apretando el ramo de flores en mis manos. ¿Era normal que estuviera nerviosa, cierto? Era mi primera boda, y esperaba que fuera la única. Debía ser normal que sintiera que el camino hacia la playa era demasiado largo y que mis pies pesaban como plomo

Al sentir la arena bajo mis pies, cerré los ojos por un momento y sonreí. Siempre quise casarme en la playa. El contraste de colores entre la puesta del sol y el agua, el murmullo de las olas... era el escenario perfecto para inmortalizar uno de los momentos más importantes de mi vida. Todo a mi alrededor parecía vibrar con una energía especial, como si el universo por fin estuviera a favor de mi felicidad.

La melodía que había elegido para mi entrada comenzó a sonar cuando llegué a la alfombra que marcaba el camino hacia mi futuro esposo. Los invitados se pusieron de pie mientras caminaba, pero no me enfoqué en ellos, sólo quería mirarlo a él. Su figura estaba bañada por el sol, pero por alguna razón, no podía ver su rostro. De forma inconsciente mis pasos, antes lentos, se aceleraron, como si no pudiera soportar un segundo más sin verlo. Finalmente, llegué a su lado, y cuando nuestras miradas se encontraron, pude ver que era.



El rugido de un trueno hizo que la visión se desvaneciera, arrastrándome de vuelta a la realidad. Con un estremecimiento recorriendo mi cuerpo por la fuerza de la naturaleza en su máximo esplendor, dirigí mi mirada al cielo, notando que, por momentos, se iluminaba con el resplandor de los relámpagos, que anunciaban un inminente aguacero. Es curioso, pensé. Siempre había llovido en mis peores días: llovió el día que murió mi abuelo Abel, el día que mi mejor amigo se fue del país, el día que mi mascota de toda la vida (un husky llamado Sam) murió, el día que aprobé el examen para ser admitida en la facultad de derecho, la última carrera que habría deseado estudiar, el día que me gradué con honores de la universidad, un logro que debería haberme llenado de orgullo, pero todo lo que sentí fue vacío, como si ese éxito no me perteneciera, el día que me contrataron en uno de los mejores bufetes jurídicos de la ciudad, una carga más sobre mis hombros, y ahora, el día en el que tenía una carta de despido perfectamente doblada en uno de mis bolsillos, un informe médico con los detalles de mi diagnóstico de trastorno depresivo en el otro y la palabra "fracasada" tatuada mentalmente en mi frente.

La visión del día de mi boda sólo había sido la escapatoria perfecta que mi mente había encontrado, un pequeño refugio de la vida que se desmoronaba a mi alrededor. Pero el trueno, cruel y estruendoso, me arrastró de vuelta sin piedad. Una carcajada seca, sin ningún rastro de emoción, escapó de mi garganta al recordar la escena que había estado creando hasta que el eco del trueno retumbó con una fuerza difícil de ignorar, incluso para una mente tan inmersiva como la mía.

No era extraño que estuviera creando una ilusión como esa en este preciso momento, reflexioné. Mi yo adolescente quería casarse a los veinticuatro años, y ahora, teniendo esa edad, la expectativa aún no se había cumplido. No sé por qué pensé que todo sería perfecto a esa edad. Tal vez porque necesitaba creerlo. Tal vez porque necesitaba tener un futuro donde era feliz al que aferrarme para sobrevivir cada día. Probablemente pude haberlo logrado si hubiera tomado otras decisiones, pero no era tan fácil como la Nadine de dieciséis años lo había pensado.

Ahora, a los veinticuatro, sólo tenía una carta de despido, un trastorno depresivo y una crisis existencial que me hacía dudar hasta de mi propia sombra. Una parte de mí me decía que debía estar feliz porque finalmente me había librado de un trabajo que odiaba, pero la sensación de haber fracasado no me dejaba disfrutar de la parte “buena” de haber sido despedida. Recibir una carta de despido fue más devastador de lo que pensé, a pesar de que ese trabajo no significaba nada para mí. Fue como ver de forma tangible mi fracaso siendo reconocido por otra persona, como si mi valor estuviera únicamente ligado a un título o un puesto. Una prueba de que el éxito que habían augurado para mí no era más que una fantasía. ¿Y quién era yo si no tenía éxito? No era más que un receptáculo de la voluntad de mis padres y las expectativas de quienes me conocían.

Siempre me moví de un extremo a otro, cumpliendo con lo que mis padres esperaban de mí y lo que la gente también esperaba de mí en consecuencia. Todo el mundo

asumía que mi inteligencia y mi belleza eran la llave de un futuro brillante, sin saber que esas expectativas pesaban más que el propio éxito. Al escucharlos, siempre me preguntaba, ¿qué les hacía creer que ser inteligente y hermosa era sinónimo de un futuro exitoso? Mi vida era una prueba de que, en ocasiones, una cosa no tiene nada que ver con la otra. Mi inteligencia en los estudios no se tradujo en una inteligencia para la vida, porque no sabía qué quería hacer con ella. Cuando pronuncié el discurso de despedida en mi graduación de secundaria, hablando con una seguridad que no tenía sobre mi futuro, las felicitaciones no faltaron, y no pude evitar preguntarme, ¿de verdad proyecto hacia los demás una perfección que les hace creer que yo nunca he dudado o me he equivocado?

Quizá yo me encargué de proyectar esa imagen, sin quererlo realmente. Quizá fui yo la que usó voluntariamente la máscara que las personas habían creado para mí. Siendo niña, y después una adolescente sin ninguna idea de lo que significaba realmente la vida, siempre intenté cumplir con las expectativas de los demás, sin escucharme ni entenderme a mí misma. Sin embargo, en este momento, siendo adulta, no puedo evitar asumir un rol de víctima en mi propia historia, porque ¿es realmente mi culpa o de la sociedad obligarnos a mantener un estatus para sobresalir? El mundo es demasiado cruel para las personas débiles, y aquellas que son admiradas, como yo lo era y aún lo soy, tienen una vida con más privilegios. Pero ahora, sintiendo cómo esa máscara que llevé casi toda mi vida me estaba asfixiando, ¿realmente valió la pena vivir una vida que no era mía?

Las primeras gotas de lluvia cayeron al suelo en sincronía con el primer sollozo que escapó de mis labios y, por un instante, quise culpar a todos los que me exigieron tanto, pero en el fondo, sabía que la responsabilidad era mía. ¿Alguna vez tomé una decisión que realmente fuera por mí? ¿Alguna vez me negué a cumplir la voluntad de mis padres? ¿Alguna vez viví y no sólo existí?

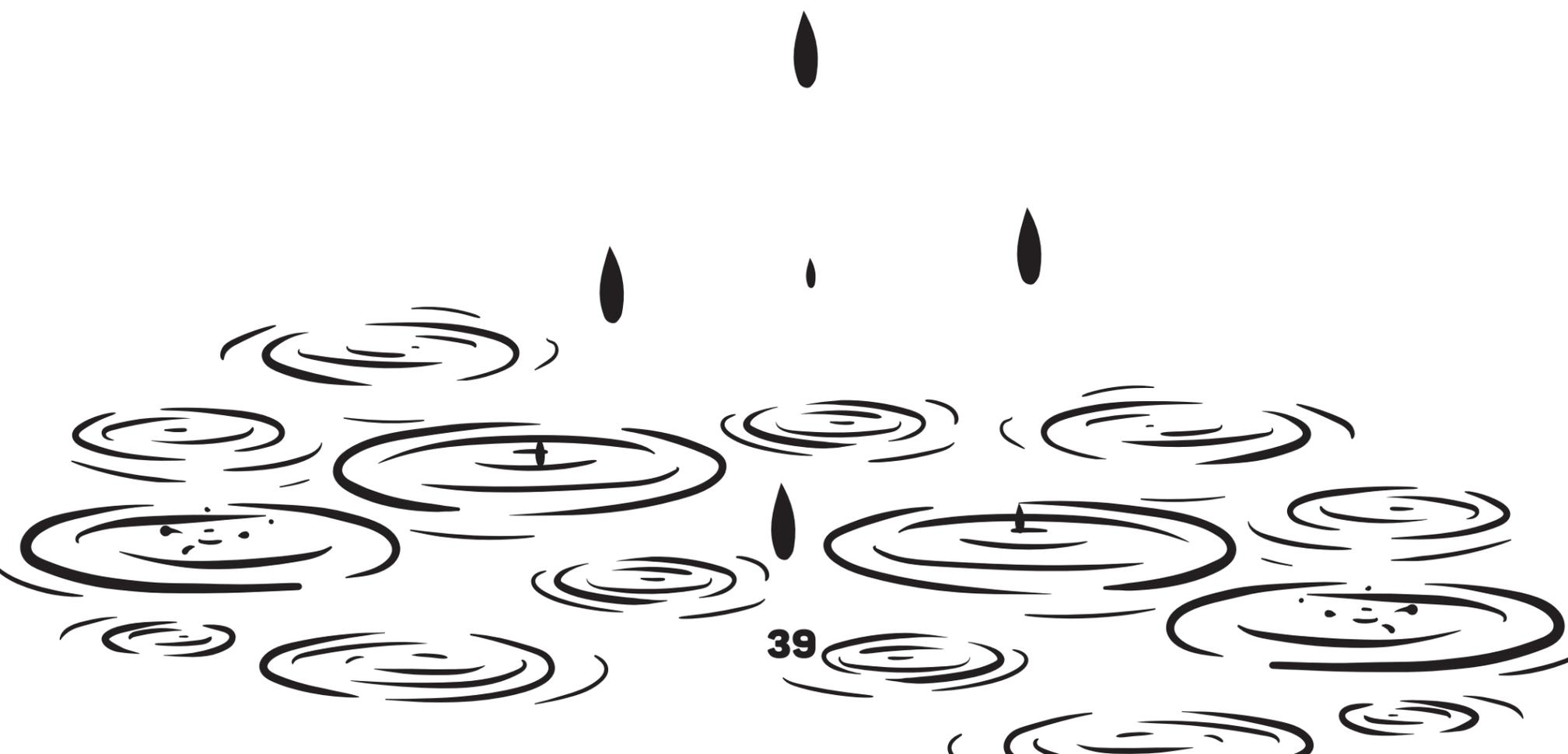
Las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas se mezclaron con las gotas de la lluvia que estaba cayendo sobre mí. Sentada en el columpio de un parque vacío a las 3 de la madrugada, no podía imaginar que la vida fuera más injusta conmigo de lo que ya lo era, pero al menos, la lluvia hacía que mis lágrimas se disolvieran y, por una vez, nadie podía juzgarme. Nadie esperaría ver a una niña bonita llorar bajo la lluvia, pero ahí estaba yo, escondida en la tormenta, donde por fin mis lágrimas podían caer libremente sin ser vistas.

La lluvia arreciaba, y con cada gota sentía que los muros que había construido para protegerme se desmoronaban. Me estaba dando permiso para sentir, para experimentar el dolor que había evitado durante tanto tiempo. Mientras mis sollozos eran silenciados por la tormenta, comprendí que este momento de mi vida, en el que tocaba fondo, me mostraba que era hora de quitarme la máscara que nunca elegí.





Estaba llorando en esa fría madrugada todo lo que había reprimido por años, y la sensación era tanto liberadora como desgastante. Después de todo, 'las niñas bonitas no lloran', ¿verdad?, pensé, incapaz de ignorar la ironía de esa frase. Es una creencia que había sido una maldición en mi vida, pero que ahora se convertía en un punto de inflexión para mí: finalmente estaba lista para darle una oportunidad de vivir a la Nadine que había ignorado toda mi vida.



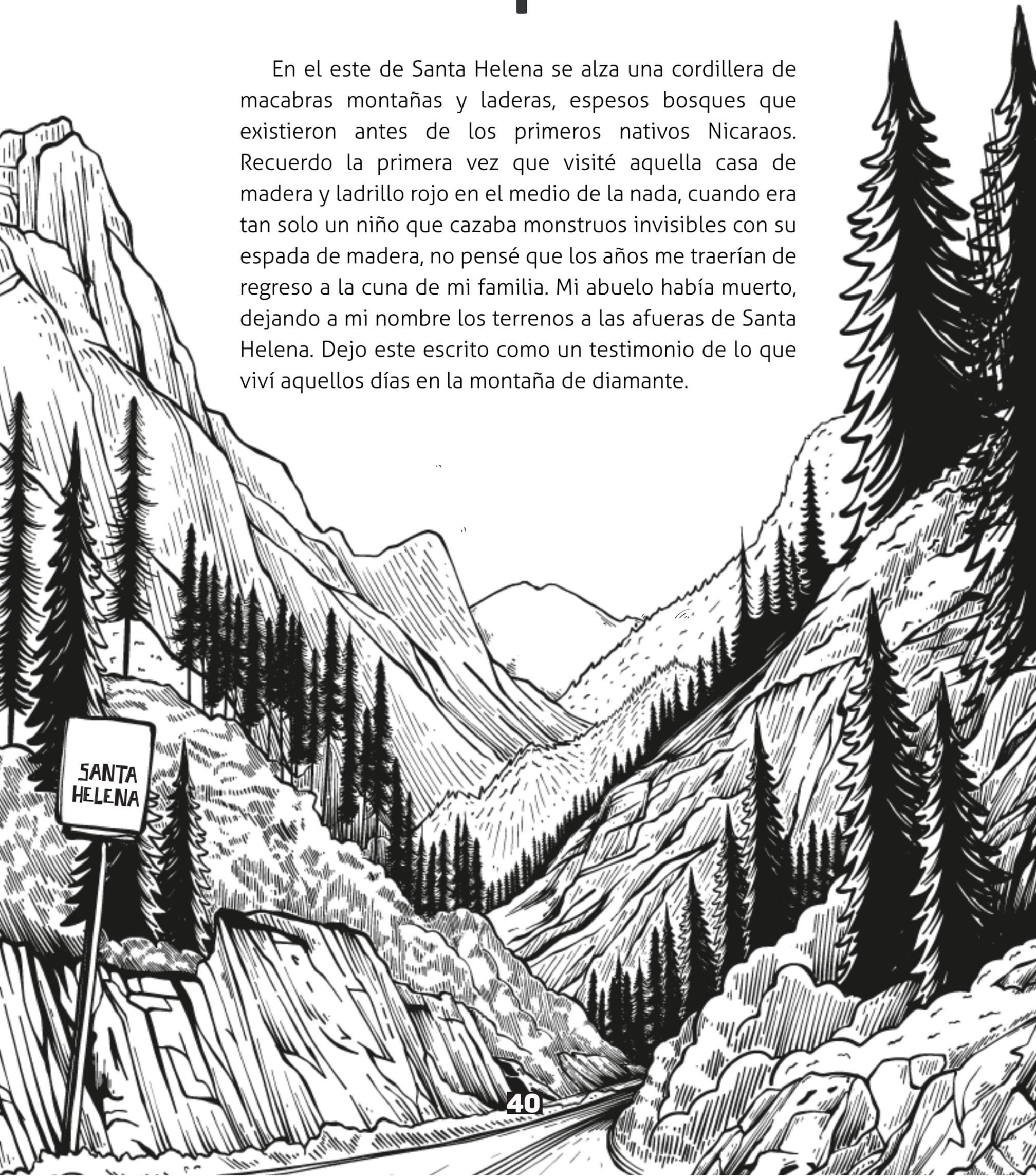
ENTERRADO

EN LA MONTAÑA DE
DIAMANTES.

Por: Fernando Calderón

1

En el este de Santa Helena se alza una cordillera de macabras montañas y laderas, espesos bosques que existieron antes de los primeros nativos Nicaraos. Recuerdo la primera vez que visité aquella casa de madera y ladrillo rojo en el medio de la nada, cuando era tan solo un niño que cazaba monstruos invisibles con su espada de madera, no pensé que los años me traerían de regreso a la cuna de mi familia. Mi abuelo había muerto, dejando a mi nombre los terrenos a las afueras de Santa Helena. Dejo este escrito como un testimonio de lo que viví aquellos días en la montaña de diamante.



Estaba en Managua cuando recibí la noticia del deceso de mi abuelo. Salía de un turno de veinte horas en el hospital, esa noche me tocó curar la pierna necrótica de un paciente diabético que no llegaba ni a sus treinta y ya estaba destinado a una muerte lenta y agobiante. A desgracia de todos, mi labor como doctor me forzaba a mantenerlo en un estado constante de sufrimiento, todo mientras la infección de su pierna carcomía la carne y el interior del hueso. El olor era indescriptible, pútrido, nauseabundo y penetrante; la peste se esparcía por toda la tercera planta del hospital, se pegaba en las sábanas y la ropa. Nadie quería ayudar al chico, resultó ser demasiado hasta para algunos de los veteranos. Las enfermeras y mis colegas en turno me convencieron de atender al chico, todo con la promesa de cubrir el resto de mis turnos y comprar mis cigarros por un mes. Acepté la oferta y me compadecí del chico, por horas removí restos de piel muerta, limpié heridas y removí pus de las partes de la pierna que aún no estaban necróticas. Los gritos eran ensordecedores, y las ganas de vomitar casi me vencieron.

Cuando finalmente vendé la pierna y mi labor de la noche terminó, él me dio una cálida despedida —Gracias, doctor, usted fue el único que no me hizo mala cara al entrar y me trató bien—.

—De nada, fue un placer haberte ayudado— le respondí. Su nombre era Marco, él murió un par de horas después de que lo vi. La infección se había propagado demasiado rápido.

Mi profesión me hacía convivir con la muerte a menudo, pero nunca me terminé de acostumbrar. Salí a fumar al estacionamiento tras recibir la noticia de muerte de Marco, tratando de poner mis ideas en orden y no llorar. Fue ahí donde me encontré con una serie de llamadas perdidas de mi madre. No era común que ella me llamase en días de semana, así que le marqué de inmediato.

—¿Todo bien, mama? — pregunté cuando contestó.

Ella estaba llorando —Hugo...—. Entre sollozos y pausando para tomar aire en cada palabra, me dio la noticia: —Hijo, tu abuelo está muerto. Te necesito aquí. Vení a Santa Helena, por favor—.

El malestar me ganó al escuchar eso, dejé caer mi cigarrillo, me apoyé en el cofre de mi auto y vomité lo poco que tenía en mi estómago.

—¿Hijo, estás bien? —me dijo mi madre al teléfono.

—Sí, voy saliendo ya mismo— le respondí y colgué.

No me importó que fuese de noche, que mi a mi carro le faltara mantenimiento o que mi ropa estuviera cubierta de porquería. Manejé por cuatro horas seguidas, estuve por quedarme dormido tras el volante un par de veces mientras manejaba a lo largo de varios cerros. La radio con baladas rancheras y la ansiedad extrema de volver a mi pueblo tras quince años me mantuvieron bien acompañado. Las cantinas y casas de tabla a las afueras del pueblo fueron lo primero en recibirme. Antes de darme cuenta, estaba entrando en Santa Helena, la ciudad entre las montañas, la cuna de mi familia. Santa Helena era la segunda ciudad más grande del norte de Nicaragua y había crecido exponencialmente en los últimos años gracias a las empresas tabacaleras que habían llegado a explotar los recursos. Casas de varios pisos, camionetas inundando las calles estrechas, almacenes de tabaco a lo largo de la carretera panamericana; ese lugar me resultaba alienígena. Incluso el barrio había cambiado. Aquella venta que antes les atendía borrachos después de medianoche había cerrado; la iglesia esquinera estaba totalmente remodelada, y finalmente habían adoquinado las calles de tierra. Tuve la suerte de recordar el camino a casa de mi madre tras tanto tiempo. Al llegar, me encontré con flota de vehículos nuevos afuera de esta. Supuse que la familia ya estaba reunida.

Marta Verón, mi madre, fue quien me abrió la puerta. Sus ojos estaban hinchados y su cabello canoso recogido en una moña.

—Olés mal— fue lo primero que dijo al verme.

—Salí corriendo en cuanto me dijo lo de mi abuelo, no me dio tiempo de cambiarme— le respondí.

Mi madre me abrazó con una fuerza que no había sentido hace desde que era un niño. —Gracias por venir, mi niño— me dijo mientras lloraba en mi pecho.

—Yo le dije que cuando me necesitara, iba a volver—

Muchos de mis familiares ya estaban ahí, tíos y primos que no había visto en un largo tiempo; a decir verdad, me había olvidado del nombre de varios. Saludé de lejos mientras mi madre me llevaba de la mano hasta el lavandero del patio, me dio una toalla y un par de chinelas de gancho para que me quitara el hedor de encima. Según me contó mi madre, el agua solía irse por varios días gracias a las tabacaleras, así que tuvo que poner una cortina al fondo de la casa para bañarse con agua que recogía en barriles. El agua fría me ayudó a terminar de perder el sueño. Cuando salí, mi madre me tenía listo un aliño de ropa vieja de mi abuelo.

—¿No hay algo más? — le pregunté a mi madre mientras miraba los pantalones desgastados y la camisa de botones.

—No, es que vos también chavalito. No trajiste nada de ropa— mi madre comenzó a tirar un par de calcetines y una faja a la cama.

—Sos suertero sí, sos de la misma talla que mi papa— me dijo.

—¿Qué fue lo que le pasó al abuelo? — pregunté.

Mi madre se sentó al borde de la cama mientras que yo me vestía y me contó todo. Mi abuelo, Francisco Verón, había muerto de un ataque cardíaco a sus ochenta y siete años. Él sufría de demencia, la cual se había agravado en los

últimos meses, al punto de no lograr reconocer a nadie en ciertos días. Tenía un par de meses viviendo con mi madre y mi tía Berta Verón, hermana de mi abuelo. En todo este tiempo ninguno de sus hijos se había dignado a visitarlo, pero no era quién para juzgar, yo había hecho lo mismo. Mi abuelo y yo solíamos ser muy cercanos. Cuando era un niño, me cuidaba todos los días mientras mi madre trabajaba limpiando casas. Le encantaba leer, caminar, tomar café con pan dulce y escuchar los juegos de baseball en la radio. Para haber sido un militar retirado, nunca fue muy estricto y era bastante extrovertido. Mi madre me dijo que estos últimos días su comportamiento se había vuelto más violento, asustadizo, paranoico y que no dejaba de repetir que debía regresar a la montaña.

—¿Quería ir a la finca? — le pregunté a mi madre.

Ella me estaba ayudando a abotonar la camisa. —Sí, pero nadie podía llevarlo. Mejor, nadie debería estar subiendo allá— me dijo.

—Hubiera sido bueno que lo llevaran al menos una última vez— respondí.

—Nada bueno hubiera pasado, yo sé lo que te digo— me dijo mi madre.

Mi madre y yo regresamos a la sala a ver a la familia. A pesar de las miradas burlonas o de disgusto al verme en la ropa de mi abuelo, saludé a cuantos pude. Me senté en un sofá esquinero esperando junto a mi madre; no tenía las ganas o la energía para tratar de socializar con tanta gente. Por varios minutos miré una de las fotografías colgadas en la pared, llenándome de un extraño sentimiento de culpa. Era la fotografía de mi graduación de preescolar, donde estábamos solo mi madre y yo. Desde que tengo memoria, mi niñez fue así. Nunca conocí a mi padre, él había abandonado a mi madre cuando era muy pequeño, ella se las arregló para darme lo necesario y, a pesar de su esfuerzo, yo también me alejé de su lado para irme a estudiar medicina.

No pasó mucho tiempo cuando los últimos miembros de la familia llegaron. El mayor de mis tíos, Claudio Verón, había llegado junto a mi tía Berta, quien llevaba en manos una urna plateada con las cenizas de mi abuelo. Junto con ellos arribó un último invitado. Mi tío Claudio se tomó la molestia de llevar a un notario para leer el testamento de mi abuelo. Tan insensible como pueda parecer, de cierta forma entendí su decisión. La mayoría de los hermanos no tenían una buena relación y este podría ser el único momento en el que todos estuvieran presentes.

Gritos, llanto, amenazas; sin duda había vuelto a casa. Aquella escena me llenó de un mórbido sentimiento de nostalgia. —Dios, esto es como Navidad cuando estaba pequeño— le dije a mi madre, quien parecía irritada con toda la situación.

Como pasaba siempre, mi tío Claudio terminó silenciado a todos a punta de gritos, permitiendo que el notario cumpliera con su trabajo. Los libros y poco dinero que había en la cuenta de banco fueron para mi tía Berta, los relojes antiguos fueron heredados a sus hijos, el cristo de plata fue para mi madre. Nadie esperaba menos, algunos incluso se sorprendieron de siquiera haber recibido algo, menos mi tío Claudio.

—¿Y la finca y los terrenos? — Le preguntó al notario.

El notario se acomodó los lentes y levantó la última página del testamento de mi abuelo, y la leyó en voz alta —Yo, Francisco Alberto Verón Hernández, dejo la casa con todas sus pertenencias y los terrenos de la Montaña de Diamante, a nombre de mi nieto Hugo Karts Verón, con la condición de que estos no sean vendidos a nadie y se mantengan bajo su cuidado— dijo el notario.

No puedo decir si fue el cansancio o la sorpresa, pero mi reacción al escuchar mi nombre fue nula. Por desgracia, mis tíos no tuvieron la decencia de tomarse un momento para digerir la noticia, en segundos el pobre notario y yo los teníamos encima, gritando con toda su fuerza. Una falta de

respeto, un error, no te lo mereces... ¿Vos quién puta sos? Escuché de todo en tan poco tiempo. Una marea de rostros enrojecidos oscureció mi vista, el mal olor de los alientos de mis tíos se desbordaba como miasma y comencé a sentir que me iba a desmayar.

Un fuerte estruendo silenció a todos, seguido de un grito: —¡Ya cerotes, apártense del chavalito! — Se trataba de mi tío Claudio, quien había dado sacado una pistola y le había dado un tiro al techo de la casa.

De inmediato, todos acataron la orden, ninguno de mis otros tíos quiso probar quién la tenía más grande, la respuesta era obvia. La única que tuvo algo que decir al respecto fue mi madre.

—Vos, muy hijueputa, me vas a reparar el techo—

Enfundando la pistola, mi tío se me acercó —Ese terreno te quedó a vos, Hugo, pero sabes bien que lo correcto es que quede para los hijos de mi papa—. Él se paró frente a mí de brazos cruzados —¿Qué vas a hacer? — me dijo.

—No sé...— respondí.

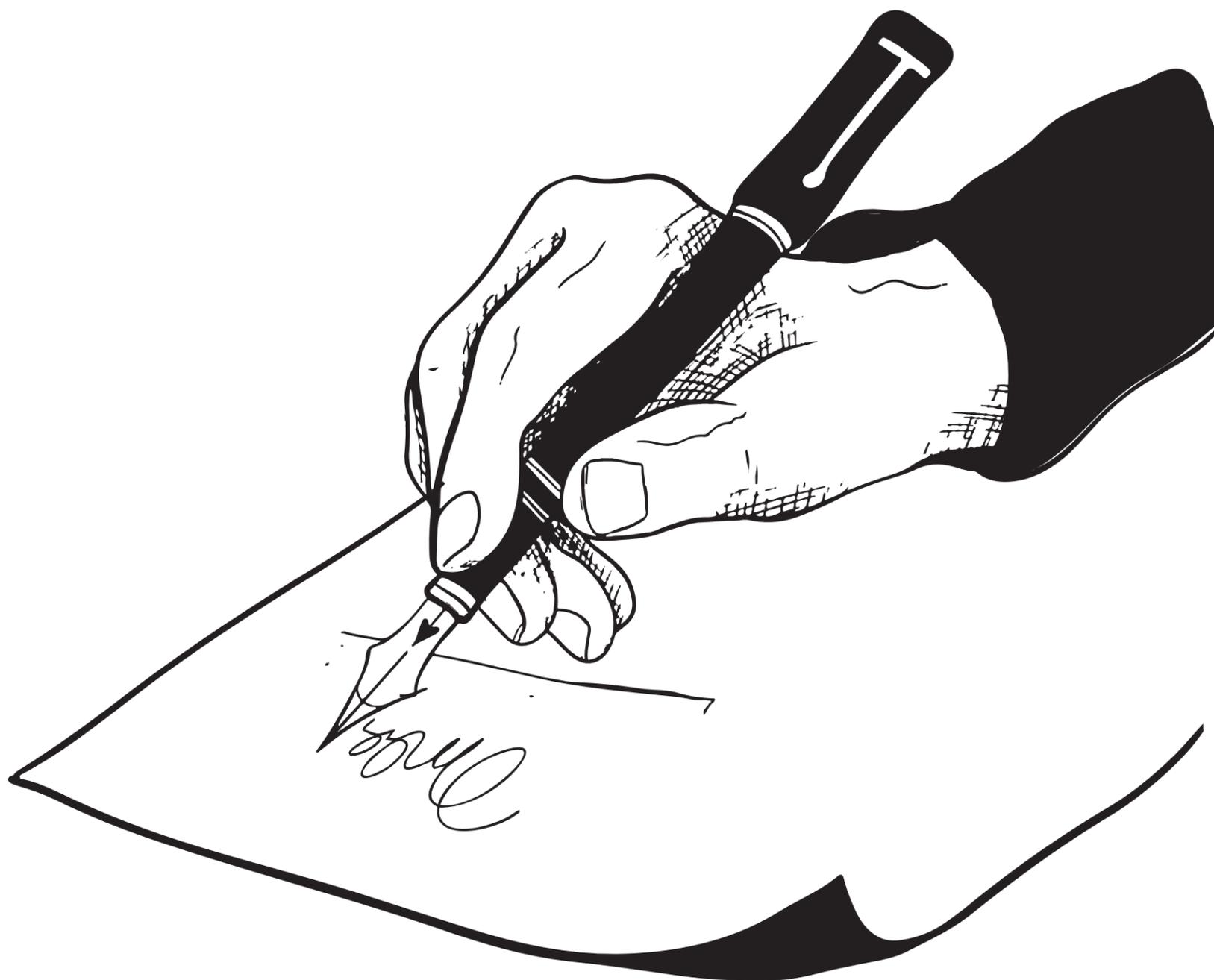
—No me digas esa mierda, ni estés de mariconsito. Hace lo correcto, no aceptes nada y deja que nos encarguemos— me dijo con frunciendo el ceño.

Mi madre finalmente se levantó de su asiento y encaró a su hermano —Claudio, déjame en paz al chavalito, él no tiene que decidir ni verga ahorita—. Mi madre puso su mano en mi hombro —Pensalo bien, no hay nada bueno en esa montaña—

—¡Cerraré las tapas, Marta! — Mi tío Claudio no pudo evitar levantarle la voz a su única hermana. —¡Hugo, ya es un hombrecito, que se agarre las bolas y decida solo! —

Nunca me gustó que le hablaran mal a mi madre. —Sabes, Claudio, mi madre tiene razón. No tengo que hacer ni verga de lo que vos me digas, mucho menos lo que todos crean correcto— le dije antes de levantarme, caminar hasta la mesa donde estaba el notario y firmar los papeles. —Se jodieron, a la otra piensen un poco antes de gritarle a mi mama—.

Me fui de la casa con las escrituras en mano, supe por las miradas de odio de mis familiares, que, de quedarme en ese momento, algo terrible me podía pasar. Sincerándome por completo, lo hice todo en un arranque de insolencia, pero era tarde para arrepentirme. Me subí a mi auto y me busqué el primer hotel junto a la carretera que se mirase limpio, le mandé un mensaje a mi madre diciéndole dónde me podía encontrar y dormí hasta la tarde del día siguiente. Sin duda, mi regreso a casa había sido más ruidoso de lo que esperaba.



2

Al día siguiente, mi madre llegó a mi habitación de hotel con una maleta llena de ropa vieja y tenía que estar listo para el velorio de mi abuelo. Tal parece que las cosas se salieron de control poco después de que yo me fui. Hubo golpes, gritos y policías llamados por el disparo en el techo. Ella no se miraba particularmente feliz por mi comportamiento, expresando varias veces su descontento porque me quedara con aquellos terrenos. Incluso me hizo prometerle que no iba a subir solo a la montaña.

El velorio de mi abuelo se avisó por todas las radios cercanas y en camionetas con parlantes a lo largo del pueblo, un evento en el cual solo esperaba no tener que lidiar con mi familia y sus peleas. La funeraria había sido decorada con gusto exquisito, coronas de flores por todos los pasillos y rodeando el salón principal. Al medio de este, la urna de mi abuelo había sido puesta sobre un pedestal de madera junto a una foto de él.



Familiares lejanos, vecinos y chismosos; todos dándole el pésame a mis familiares y llenando la funeraria. Me la pasé junto a mi madre, quien no dejaba de llorar mientras sostenía con fuerza un rosario. Toda persona que se acercase a saludarla le decía lo mismo —Deja de llorar, tenés que soltar a tu papa y dejarlo descansar—.

A lo que mi madre siempre respondía: —Déjenme sentir y vivir mi dolor, a ustedes que les valga. Él era mi padre y lo voy a llorar lo que haga falta—.

Aún me sentía agotado, y las miradas cargadas de resentimiento de mis familiares no ayudaba. Ver a mi madre llorar era la peor parte, nunca supe cómo reconfortarla, solo sabía quedarme callado y junto a ella. Para suerte de ambos, Doña Ernestina Guzmán, vecina y amiga de mi madre, llegó para mejorar los ánimos del lugar.

—Menos mal viniste— le dijo mi madre a su amiga mientras la abrazaba.

—Perdón, es que me sacaron tarde en la tabacalera— le respondió.

Conocía a doña Ernestina desde que nací, era una mujer robusta, de baja estatura, de un carácter que traía paz y sonrisas, además de ser la mejor roladora de puros en todo el pueblo. Cuando ella me vio, no pudo evitar sorprenderse —¡Qué grande que estas, niño, tenía rato sin verte! — me dijo.

—Yo también me alegro de verla doña Ernestina— le dije, intentando disimular mi mejor sonrisa.

Doña Ernestina puso su mano en mi mejilla —Sos igualito a tu abuelo— me dijo.

—Así me han dicho— respondí.

Mi madre parecía aliviada al tener a su amiga de tantos años ahí, lo suficiente para liberarme de mi puesto. —Hijo,

andá buscá algo de comer. Solo te he visto tomar café en todo el día— me dijo.

—No quiero dejarla sola mama— le respondí.

Doña Ernestina me sujetó ambas manos con fuerza —No te preocupes, yo aquí te cuido a esta vieja—.

Le hice caso a mi madre, no tenía los ánimos de protestar, mucho menos de seguir rodeado de tantas personas, así que salí a la calle a fumar. Había perdido el apetito desde que recibí la noticia de mi abuelo, pero gracias al trabajo estaba acostumbrado a subsistir con cafeína, agua y cigarros. Me paré a fumar la acera opuesta a la funeraria, miré a las personas conviviendo como si nada, riendo en la calle, poniéndose al día con las amistades, como si mi abuelo no acabara de fallecer. Debe ser lindo pertenecer a un lugar como este, por desgracia yo nunca me sentí parte de Santa Helena.

—¿Hugo? — Escuché junto a mí, era una voz delicada que me erizó la piel. Al voltearme sentí una leve presión en el pecho, se trataba de un rostro que había marcado mi juventud. Fátima Guzmán, mi vecina y la única amiga que tuve al crecer. —¿Si te acordás de mí? — me preguntó.

—Claro que me acuerdo, solo que ha pasado mucho tiempo—le dije, dándole un abrazo que se sintió incómodo en el momento. —¿Cómo has estado, Fátima? —

Ella no había cambiado mucho, mantenía su lustroso cabello castaño y esa sonrisa que calentaba el corazón. —Todo bien, feliz de verte, mi más sentido pésame por tu abuelo— me dijo.

—Muchas gracias, no sabes cómo me alegra por fin ver una cara conocida— le dije.

Al ver el cigarrillo entre mis dedos, ella me dio un golpe en el hombro —Fregués, pensé que ahora siendo médico se te iba a quitar el vicio—. Ella sacó de su bolso su caja de cigarrillos y puso uno entre sus labios. —Préstame fuego,

pues— me dijo con una sonrisa burlona.

—Hablando de vicio— le dije, mientras le entregaba mi encendedor. Me reí al ver ese despliegue de hipocresía amistosa; después de todo, habíamos empezado a fumar juntos a los catorce años.

—¿Cómo te sentís? Yo sé que vos y tu abuelo eran bastante cercanos — me preguntó.

Era la primera vez que pensaba al respecto, al momento seguía sin procesarlo del todo. Me sentía vacío, triste y acabado; pero no quería agobiarla con mis problemas. —Ahí la llevo, ha sido una mierda tras otra—

—Me imaginó que lo extrañas, don Fran, era un buen hombre. Tuviste la dicha de tu abuelo no era un viejo asqueroso como otros... — Fátima apartó la mirada. Siempre supe que ella y su madre se apartaron del resto de su familia por problemas con su abuelo, pero nunca supe el detalle. —¿Y tu mami cómo está? — me preguntó cambiando el tema.

—Mal, se la ha pasado llorando y peleando con mis tíos— respondí.

Fátima se sentó en el borde de la acera —Si me imagino que anda mal, se la pasó varios meses cuidando a tu abuelo ahí en su casa— me dijo.

Me senté junto a ella —¿Viste como estaba mi abuelo? — pregunté.

—Por el día pasaba tranquilo, se sentaba en el porche a saludar a la gente. Pero por las noches a veces lo escuchabas gritar y tirar cosas— me dijo Fátima, mientras que el humo se escapaba de entre sus labios. —Tu mami y tu tía se llevaron la peor parte, ninguno de sus hijos lo llegaron a ver—

Solté una carcajada al escuchar eso —A esos maes les

valía verga mi abuelo. Ayer estaban más preocupados por los terrenos de la montaña, que por la muerte de su propio padre— le dije.

—Normal, a la gente solo le importan esas bananadas— Fátima apagó su cigarrillo contra el borde de la acera —¿Sabes a quién le quedaron los terrenos? — me preguntó.

—Por desgracia a mí, ahora tengo que aguantar a mis tíos y sus mierdas— le dije mientras le daba la última calada a la chiva del cigarro.

Miré a Fátima por un segundo, su rostro era de preocupación pura. —¿A vos te quedó la montaña de los gritos? — me preguntó.

—¿Gritos? Pensé que se llamaba la Montaña de Diamante—

—Normal que no sepas, llevas rato sin venir. A ese lugar los borrachitos llevan años diciéndole la montaña de los gritos. Varios dicen que por la noche se escuchan los ruidos de un animal raro y que si caminas solo te asustan— me dijo. El rostro de Fátima era de completa seriedad, en el fondo yo esperaba que ella comenzara a reírse y me dijera que era un chiste.

—Cuentos de bolo, seguro es algún animal que anda por ahí— le dije, tratando de mantener mi escepticismo.

—Seguro. Pero bueno, cuénteme de la vida en Managua, Doctor Hugo— me dijo Fátima, ayudándome a liberarme por un rato de mis problemas familiares.

El resto de la noche me la pasé junto a Fátima, platicando y fumando en aquella acera. Hablamos de la vida del otro, nuestros logros, desamores y vivencias divertidas. Ella era maestra de primera, aún vivía con su madre y estuvo comprometida, pero su novio la había engañado con un hombre. Yo le conté de mi trabajo, mis pacientes y de mi divorcio. Como en mi juventud, su compañía a lo largo de esos días terminó siendo de las pocas cosas agradables en Santa Helena.

3

A recomendación de mi madre, no me presenté en el entierro de las cenizas de mi abuelo a la mañana siguiente. En ese punto era un secreto a voces que un par de primos estaban esperando el momento perfecto para ajustar cuentas conmigo; lo mejor era que yo tomase mi distancia. Si bien estaba harto de toda la situación, no poder asistir, solo me hizo pensar más en mi abuelo, todas las cosas por las que pasó estos últimos meses y la fijación por la montaña que ahora era de mi propiedad. Mis dudas se incrementaron cuando terminé leyendo detenidamente los documentos que me había dado el notario, entre ellos estaban las escrituras de los terrenos y una lista de reglas.

- No cruzar el muro de piedra tras la casa.
- No prestar atención a los ruidos en la noche.
- No mirar directamente al gato.
- Ponerle candado a todas las puertas de la casa antes de las 6.
- No salir de noche.
- Nadie está pidiendo ayuda, ignóralo.

Le mostré la lista a Fátima la mañana siguiente mientras desayunábamos en un café. Al inicio pensamos que era un resultado de la demencia de mi abuelo, pero la curiosidad nos terminó ganando. Ella me convenció de visitar el lugar que estaba causándome tantos problemas. La esperanza era encontrar algún indicio de por qué mi abuelo me dejó tal carga. Yo no tenía muchos recuerdos de aquel lugar, solo visité la montaña una vez cuando era un niño. Recordaba ir de la mano de mi madre hacia una casa de ladrillo rojo, con una puerta de madera y metal.



La montaña de diamante estaba a unos veinte minutos de Santa Helena, en una carretera que cruzaba junto a varias laderas y lejos con pocos rastros de civilización. Desde el pie de la montaña se alzaba un frondoso mar verde, árboles de todo tipo, tan altos que lograban oscurecer varias partes del único camino de tierra que llevaba hasta la casa de mi abuelo. Fue un milagro que mi carrito lograra subir aquella cuesta estrecha llena de piedras sueltas y baches.

—Ya era hora— me dijo Fátima cuando vio la casa al final del camino.

En todo el camino no observé una sola cerca, algo bastante comprensible, pues no había vecinos dispuestos a robar terrenos. La casa se miraba algo deteriorada, la grama alrededor estaba crecida, las paredes de ladrillo cubiertas de musgo y el techo de zinc lleno de óxido. Tal y como de niño, ver aquel lugar a lo lejos me causaba una inexplicable incomodidad. Lo único que me gustaba de estar rodeado de tanta naturaleza era que mis pulmones me agradecieron un poco de aire fresco.

—No cantés victoria todavía— le dije a Fátima mientras nos bajamos del carro.

Junto con las escrituras me dieron un manojito de llaves, las cuales no tardé en probar una por una en la puerta principal. Las bisagras viejas hicieron eco a lo largo del pasillo. Aquella casa parecía más una bodega que un hogar, era un largo galerón con varias habitaciones a cada lado y al final una ominosa puerta bien pulida y de color chocolate.

Fátima me dio un golpe en el hombro mientras sonreía. —Bueno, a arreglar— me dijo, entrando a la casa como si nada. (Interacciones)

Lo primero que hicimos fue abrir todas las puertas y ventanas de madera, iluminando la casa. Todo el lugar estaba cubierto de polvo, y tela de araña. Para nuestra sorpresa, la mayor parte de la casa se miraba relativamente en orden. La cocina, las habitaciones y la bodega se miraban

bien organizados; incluso la letrina de afuera tenía papel higiénico. El único desastre lo encontramos tras la puerta color chocolate, en la oficina de mi abuelo. Era la primera vez que entraba a ese lugar, estaba repleto de libreros llenos y cubiertos de polvo, papeles tirados en todo el suelo, varias fotos y medallas de mi abuelo colgadas en la pared junto a una escopeta y un rifle.

—Verga, aquí si vamos a tener trabajo— me dijo Fátima al ver la oficina.

—Voy a buscar la escoba en la bodega— le dije. Al darme la vuelta, vi una cola blanca cruzando por una de las puertas. —Debe ser el famoso gato— dije sin darle mucha importancia.

Nos pusimos manos a la obra, barrimos toda la casa, cambiamos la ropa de cama de todas las habitaciones. Fátima sacó un par de serpientes pequeñas que encontramos y levantamos todos los papeles de la oficina. Nos tardamos varias horas, entre las cuales no dejamos de conversar, tomando pequeños descansos para fumar y comer. Pasar ese tiempo junto a Fátima me hizo recordar una juventud que no parecía tan mala.

Estaba terminando de arreglar el escritorio de mi abuelo cuando escuché un fuerte golpe frente a mí. Fátima se había encontrado un enorme baúl en el gabinete inferior de uno de los libreros. —Perdón, esta mierda está pesada— me dijo mientras lo arrastraba.

—¿Se rompió? —le pregunté, sentado en una silla de madera tras el escritorio.

—No, está bien, solo que tiene un candado— me dijo tras inspeccionarlo.

—Agarrá— le dije antes de tirarle el manajo de llaves. —Quizá una de esas te sirve—

A la vez que Fátima revisaba el baúl, yo comencé a hurgar en el cajón superior del escritorio. Quité un par de los papeles de encima, todo para encontrarme con varios cigarros viejos, una libreta y una pistola. Ni siquiera traté de mover el arma, siempre me dieron miedo y no sabía si estaba cargada, así que solo tomé la libreta. Le di una ojeada a las páginas, encontrándome con varios dibujos y anotaciones de mi abuelo. Parecía un diario, lleno de frases ilegibles y fechas que no cuadraban. Entre los garabatos logré leer varias frases que me resultaron extrañas.

Hoy estuvo más callado, debió comer.

Lo volví a ver, sacó la cabeza del túnel, me miró con sus ojos amarillos, está más grande. Me reconoce, sabe que sigo aquí.

Sigue enterrado.

Me sigue mostrando cosas, no va a jugar conmigo.

—Ninguna llave sirvió—. Fátima se sentó en el escritorio y me tiró las llaves. —¿Qué estás leyendo? —Me preguntó.

—Creo que es un diario de mi abuelo, pero mucho de esto no tiene sentido— le dije mientras le daba el cuaderno.

Todo me pareció extraño y retorcido, pero era de esperarse de un hombre que batallaba con demencia. Quise ver qué había en el cajón inferior del escritorio, pero también tenía puesto un candado. Traté de usar todas las llaves, pero ninguna le quedó.

—Quizá estaba escribiendo sobre el gato— me dijo Fátima dejando el cuaderno sobre la mesa.

—Sí, seguro— respondí mientras me levantaba del asiento. —Ya deberíamos irnos, se va a poner oscuro—.

—La verdad, ando cansada, bien nos podemos quedar aquí por hoy— me dijo Fátima.

—No sé, tu mamá te va a estar esperando— le dije, como aún fuéramos aquellos niños.

Ese mismo pensamiento fue lo que la hizo reír —A mi mamá que le importa donde me quedo. Además, hay suficientes camas aquí como para un batallón— me dijo, regalándome una enorme sonrisa.

No pude decirle que no, menos cuando me miraba con esos ojos cafés. —Dale pues, pero no voy a acompañarte a la letrina a media noche— le dije.

No había electricidad en la casa, la única forma de tener algo de luz por la noche era colgando lámparas de gas en el pasillo principal y con focos viejos que nos encontramos en la bodega. La oscuridad ya había tomado la montaña y me encerré en el cuarto principal, dejé mi billetera y celular sobre la mesa de noche junto al cristo de plata, estaba por vaciar mi otro bolsillo cuando escuché que alguien tocaba a mi puerta.

—¿Hugo? —Escuché tras la puerta.

Al abrir, me encontré a Fátima; parecía nerviosa. —¿Todo bien? — le pregunté.

Se apoyó en el marco de la puerta con la mirada agachada —Sí, es que te quería preguntar algo—. Ni bien me terminó de decir eso, escuchamos una puerta cerrarse con fuerza en el pasillo.

—¿Dejaste una ventana abierta? —pregunté mientras salía de la habitación.

—No, todas están cerradas—

El pasillo estaba iluminado por la leve llama de una lámpara que colgaba del techo, sentado de espaldas tras la puerta de la oficina y dándonos la espalda estaba el gato. Con un pelaje totalmente blanco, orejas cortas y una cola que se movía de lado a lado. Nos quedamos viéndolo por un

momento. Fátima se acercó un poco y se puso en cuclillas, trató de llamar su atención chasqueando los dedos, pero el gato ni se inmutó.

—No creo que sea buena idea llamarlo— le dije a Fátima.

—¿Por qué? Es un gatito— me dijo antes de que la puerta de la oficina se cerrara de golpe.

—Esto no me gusta— musité antes de intentar entrar a la habitación, solo para que la puerta se cerrase y me golpeará en la frente. Caí de espaldas al suelo, bastante aturdido.

Fátima me ayudó a ponerme en pie —¿Hugo, estás bien? Estás sangrando—

Todas las puertas del galerón comenzaron a azotarse una y otra vez con increíble fuerza. La madera comenzó a chillar como si se astillase. De la nada un horrendo grito gutural hizo eco en toda la montaña. Un maullido le siguió al final del pasillo. Fátima y yo volteamos y presenciamos como al gato que finalmente se había dado la vuelta, mostrándonos unas cuencas totalmente amarillas que iluminaban las sombras a su alrededor. La puerta de la oficina acompañó a las demás, estampándose una y otra vez. A cada golpe, el gato se deformaba, se hacía más grande, sus extremidades se alargaban, su carne se despedazaba, sus huesos rompiéndose y volviéndose a acomodar. En segundos, una aberración bípeda se paraba tras la puerta, con las vísceras colgando de su abdomen abierto, escurriendo sangre por todo su cuerpo y jadeando.

Con miedo corriendo por cada centímetro de mi cuerpo, tomé a Fátima de brazo y corrí hacia la puerta principal. Escuché cómo aquella cosa se arrastraba a toda velocidad tras nosotros, emitiendo un chillido asqueroso. Salimos de la casa en total horror, corriendo por la hierba alta hacia mi auto.

—¡Abrí rápido esta mierda! —me gritó Fátima.

Mis manos temblaban al intentar encajar la llave en la puerta del carro, mi corazón latía con demasiada fuerza y mi mente era una tormenta desastrosa de ideas. Ahí que escuchamos un sollozo llamando por nosotros desde la entrada de la casa.

—Hugo... Fátima... — ambos volteamos a ver, aquella cosa estaba parada en la puerta de la casa, con sus grotescas garras clavadas en el marco de la puerta.

Del abdomen del monstruo, las vísceras comenzaron a caer al suelo, salpicando porquería por todos lados. Aquella cabeza de gato deforme nos miró fijamente cuando una serie de risas macabras se escucharon. Dos pares de manos emergieron del interior de la cavidad abdominal del monstruo, apartando la carne y mostrando lo que solo se puede describir como un vacío infinito de oscuridad. Los rostros de dos ancianos se asomaron del interior de la bestia malformada, logré reconocer a uno, se trataba de mi abuelo. Ambos nos hablaron, en una voz profunda y rposa. “Me abandonaste, Hugo” y “No digas nada, Fátima” fueron lo que dijeron antes de comenzar a reírse desquiciadamente.

Fátima estaba tratando jalando la manecilla de la puerta con desesperación. —¡Hugo, abrí la puta puerta! —me gritó.

Logré controlar mi mano temblorosa, abrí la puerta y, ni bien entramos, traté de encender el carro, pero el motor no respondía. —¡No me hagas esto, pedazo de mierda! — le grité a mi carro.

Una vez más, el rugido se escuchó, resonando entre los árboles y haciendo temblar los vidrios de mi carro. Un enorme brillo azul comenzó a emanar detrás de la casa, iluminando el lugar por varios segundos. Cuando el carro finalmente encendió, arranqué a toda velocidad, levantando una nube de polvo, tratando no mirar por el retrovisor mientras bajaba por el camino de tierra.

4

Conduje montaña abajo tan rápido como me fue posible, raspando la carrocería del auto contra la tierra y golpeando los amortiguadores sin cuidado. Pude escuchar los sollozos de Fátima, quien no dejó de llorar en todo el trayecto. No fue hasta que miramos el final del camino y la carretera iluminada por las luces del auto que sentimos algo de alivio. Por un par de minutos me sentí un conductor habilidoso, pero el engañoso camino terminó cobrándome factura. La velocidad me impidió esquivar a una pequeña cabra que cruzaba el sendero. El animal golpeó el cofre del auto, rompió el parabrisas y manchó de sangre todas partes.

Logré frenar en seco una las llantas tocaron el pavimento —Carajo...— Fue lo único que salió de mi boca.

—¿Qué te pasa? Hay que irnos— me dijo Fátima al verme salir del auto.



Traté de respirar, sentía que todo daba vueltas, una fuerte presión en el pecho y que mi visión estaba borrosa. —Esto no está pasando, es un mal sueño —me dije a mí mismo mientras caminaba alrededor del carro.

Fátima salió del auto y corrió a mi lado —Hugo, tenemos que irnos de aquí— me dijo.

Incluso a pie de la montaña, aquel rugido seguía escuchándose, recorría el bosque y hacía eco en la copa de los árboles. —¿Qué fue eso? — pregunté.

—No sé, y no quiero saber. Además, te está sangrando la cabeza, tenemos que llevarte al hospital— me dijo Fátima.

—Mi mama tiene que saber algo, tenemos que ir con ella —le dije a Fátima antes de regresar al carro.

Mis ideas eran un completo caos, no podía pensar claramente, y por más que Fátima me dijera otra cosa, conduje directo a casa de mi madre. En el momento no podía pensar en más que conseguir alguna respuesta. Los oídos me zumbaban, tenía algo de náuseas, tuve suerte de no chocar por una segunda vez y llegar hasta la puerta de mi madre.

—¡Ya va! —gritó antes de abrir.

—¿Qué mierda hay en aquella montaña? — pregunté en cuanto ella abrió la puerta.

La expresión de preocupación fue inmediata. —¿Qué puta te pasó, hijo? — me preguntó mientras tocaba mi rostro y manchaba sus manos con mi sangre.

Fátima estaba molesta conmigo por actuar de manera tan obstinada. —Le dije que había que ir al hospital, pero no me hizo caso— le dijo a mi madre.

Ambas me ayudaron a caminar y me sentaron en el sofá de la sala. —No me digas que uno de tus tíos te hizo eso, porque juro por Dios que los mato— me dijo mi madre mientras la escuchaba mover cosas en el baño.

—No, una puerta me golpeó en la casa de mi abuelo— le respondí.

—¿Y qué puta estabas haciendo ahí arriba? Te dije que no subieras a esa casa— mi madre llegó a la sala con varios paquetes de gazas y alcohol. —No me digas que vos le dijiste que fueran— le dijo a Fátima con una mirada cargada de enojo.

—Yo le dije que me acompañara, no se moleste con ella— le dije a mi madre.

Fátima se miraba bastante preocupada por mí, todo el camino se la pasó tratando de convencerme de buscar ayuda médica. —Ya no estás sangrando, pero esa cortada está fea— me dijo mientras agarraba una de las gazas.

—Sin alcohol, solución salina o agua purificada para limpiar la herida— les dije mientras dejaba que me atendieran. —Mama, necesito saber qué hay en esa montaña— le dije.

Ella no dejó de limpiarme la sangre seca del rostro. —No sé nada— me dijo con increíble seriedad.

—Usted vivió ahí, sabe de los gritos, las puertas, la luz azul— le dije.

—No quiero hablar del tema, deja de joder que te estoy curando— me respondió.

—Hugo, no presiones a tu mami— me dijo Fátima.

Le quité a mi madre la gaza de la mano —Yo puedo, siéntese—. La miré directamente a los ojos —¿Qué es lo que hay en aquella montaña? — le dije.

—No sé— respondió.

—No me mienta, no me dijo que fuera por algo. Ahora necesito saber qué fue lo que vi— le dije, tratando de mantenerme lo más calmado posible.

—¡No, no sé, nadie sabe! — me gritó, en segundos parecía estar en pánico. — ¿Vos pensás que mi mamita se divorció de tu abuelo solo porque sí? Fue para sacarnos de esa montaña. Todas las noches escuchar ese grito, encerrados en los cuartos desde las cinco, pasar con miedo por años, mientras que tu abuelo nos obligaba a quedarnos ahí—. Mi madre comenzó a llorar, estaba temblando de pies a cabeza. —Pasé siete años de mi vida viviendo ahí, hasta que ya no pudimos más y mi mamita nos trajo al pueblo. ¿Crees que a tu abuelo le importó su familia? Le valió verga y siguió ahí metido en la montaña. Por eso mismo quedó loco— me dijo.

Traté de tocar su mano, pero ella la apartó. —Mama, necesito saber qué fue lo que vimos— le dije.
—Ya te dije, no sé—

Fátima me tocó el hombro —No presiones a tu mama— me dijo.

La última vez que la vi así, fue el día en que me marché a la universidad para nunca volver, ese dolor, esa angustia. —Perdón, mama, por todo— le dije antes de ponerme en pie y caminar hacia la puerta.

—No sé qué fue lo que vieron, todos mis hermanos y yo miramos cosas diferentes creciendo ahí. Un caballo negro, perros corriendo fuera de la casa, aquel gato blanco. Hugo, no regresen a aquella casa— me dijo mi madre mientras me miraba salir.

—No va a pasar, mama, mañana me voy de regreso a Managua— le dije.

—Permiso, señora— le dijo Fátima antes de salir corriendo tras de mí.

Estaba por subirme a mi carro cuando Fátima me empujó y cerró la puerta. —¿A dónde, puta crees que vas? —me preguntó.

—Me voy a un hotel— le respondí.

Ella me arrebató las llaves de la mano —Estás quedando loco si creés que te voy a permitir manejar así. Te vas a quedar en mi casa— me dijo mientras me agarraba de la mano.

—No, solo quiero irme y olvidar todo esto— le dije. Estaba demasiado alterado, no podía dejar de temblar, incluso tartamudeé varias veces.

Fátima puso sus manos en mis mejillas y me obligó a verla directo a los ojos, noté la obvia preocupación en su mirada. —Hoy te quedas aquí, lo único que vas a conseguir así es volver a chocar— me dijo.

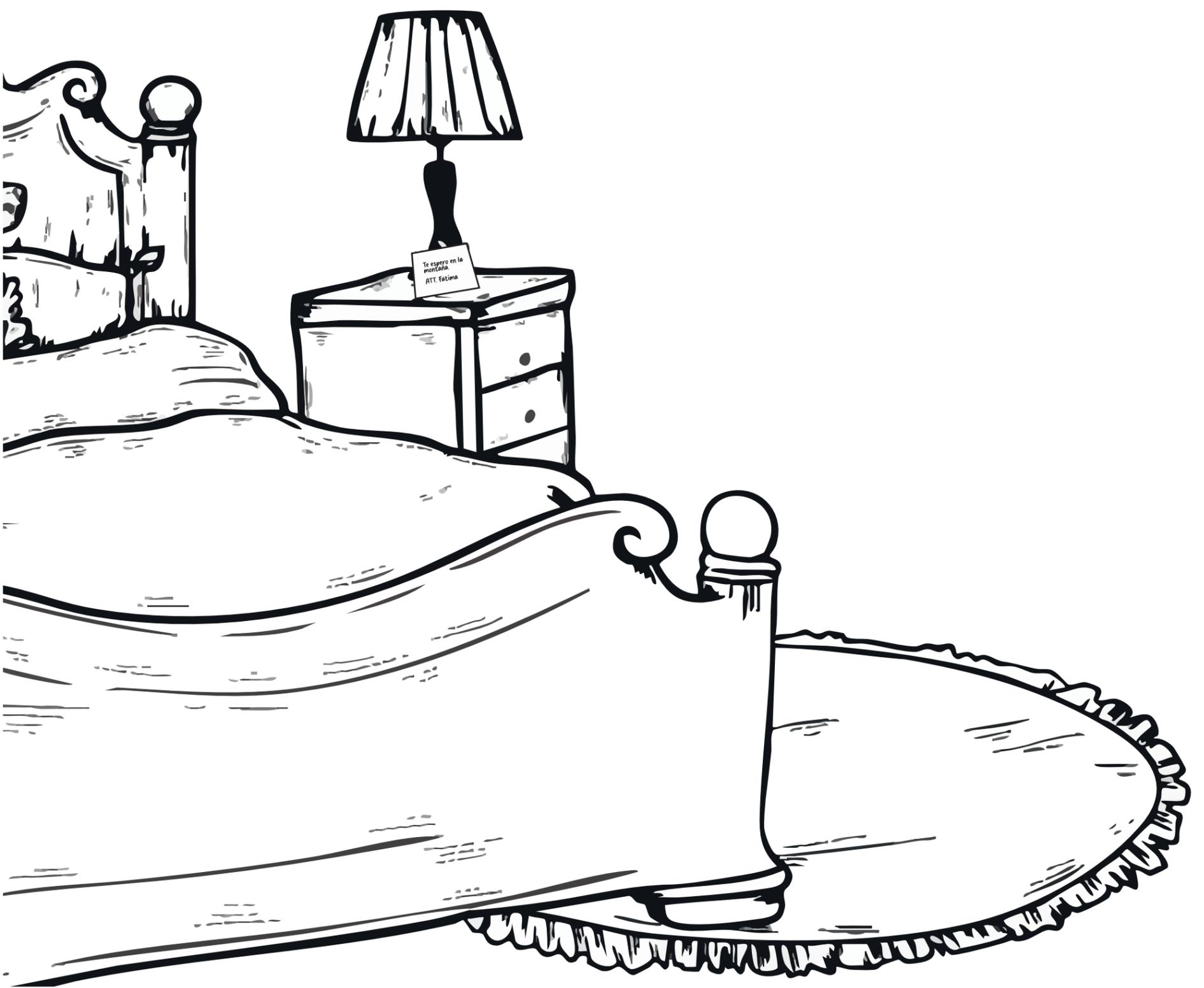
No refuté más, estaba demasiado cansado para tratar de batallar una causa perdida, no podía decirle que no a ella. Los padres de Fátima estaban dormidos cuando entramos; era una suerte que fueran nuestros vecinos. Fátima me dio una camisa vieja de su padre y una pastilla que no me tomé el tiempo para saber qué era, solo recuerdo caer tendido en su cama y perder la conciencia.



5

Era casi medio día cuando me desperté, estaba totalmente solo, sudado y la cabeza me daba vueltas. Había sido una madrugada un tanto infernal, despertaba agitado y gritando; pero en cada momento podía sentir unos brazos abrazándome y devolviéndome la calma. Me senté al borde de la cama de Fátima, y observé su habitación por un rato, seguía tal y como la recordaba. El ropero de madera con calcomanías pegadas por todas partes, el espejo blanco tras la puerta, la ropa tirada por el suelo. Entre tantas cosas noté un pedazo de papel con mi nombre escrito en la mesa de noche junto a la cama, en este estaba escrito:

Te espero en la montaña
ATT: Fátima



Sentí una enorme presión en el pecho tras leer eso, mis manos comenzaron a sudar. Salté de la cama, me puse los zapatos y salí de esa casa sin siquiera saludar al padre de Fátima que estaba viendo televisión en la sala. La idea de que Fátima estuviese ahí arriba sola después de todo lo que vimos anoche me causó una ansiedad terrible. Una vez más subí el estrecho sendero, esperando no encontrarme con una fatalidad. Miles de escenarios volaron por mi cabeza, uno más siniestro que el anterior. Cuando finalmente llegué, me encontré con Fátima escuchando música en el porche de la casa. Había subido en la moto de su padre, incluso le dio tiempo de ir a comprar pan y llevarlo en una canasta de mimbre.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó cuando me bajé del carro.

—¿Por qué, hijueputa regresaste aquí? — le pregunté.

—Sabía que era la única forma de hacerte subir— me respondió.

Estaba totalmente atónito por la completa y total audacia de esa mujer; mi enojo era más que obvio. —Mae, ¿todo bien con vos? — le dije mientras me restregaba los ojos con las palmas. Las acciones de Fátima no cabían en mi cabeza en ese momento.

—Mirá, yo sé que vos querés irte y dejar todo esto atrás. Pero tu abuelo te dejó este lugar por un motivo, no podés seguir corriendo cada vez que algo comienza a ser demasiado para vos, no es justo— me dijo Fátima.

—¿Justo? ¡Nada de esto es justo! — grité mientras caminaba de un lado para otro en el porche de la casa.

Fátima me tomó del brazo con fuerza y me encaró —Respirá, que nada vas a conseguir así—. Me entregó la canasta de mimbre, sobre ella había un cambio de ropa limpia.

No pude quitar la mirada de aquellos hermosos ojos café, por más que mi instinto me dijese que seguir ahí era una mala idea.

—No es así de fácil, esto puede ser peligroso— le dije.

—Mirá, lo que vimos ayer fue una mierda horrible. ¿Y qué? ¿Vas a correr de nuevo? Has pasado toda tu vida corriendo. ¿Has pensado que tu abuelo te dejó este lugar por algo? No fue a sus hijos, fue a vos, la única persona con la que tuvo una conexión fuera de esta maldita montaña— me dijo.

Fátima tenía razón, seguía intentando escapar de mi vida aquí. Había corrido a Managua cuando no quise seguir viendo a mi madre sufrir por su trabajo, me alejé de mi abuelo cuando encontré en él al padre de que nunca tuve. Dejé a Fátima cuando éramos tan solo unos adolescentes estúpidos que se comenzaron a enamorar, y quería hacer lo mismo ahora que ese sentimiento resurgió.

Una vez más había sido víctima de no poder llevarle la contraria, era simplemente imposible negar que ella estaba en lo correcto. —Tenés razón— le dije agarrando la canasta.

—Yo sé, siempre la tengo— me dijo antes de darme un beso.

—Andá báñate, recogí agua, hace rato—.

Ella llevaba horas ahí esperando. Había recogido agua del pozo, abierto la casa y revisado por sí. No encontró nada, ni una sola mancha o señal de la abominación que vimos por la noche, lo cual fue un ligero alivio. Me bañé y vestí, pero por desgracia subestimé la curiosidad de aquella mujer. Me encontré a Fátima en la oficina de mi abuelo, había roto el candado del segundo cajón del escritorio, encontrando aún más diarios viejos de mi abuelo.

—¿Qué estás haciendo? —Le pregunté mientras me comía uno de los panes que me trajo.

—¿Qué tanto sabes de tu abuelo en el ejército? — Me preguntó mientras leía uno de los diarios.

—No mucho, él era profesor antes de meterse al ejército. Sé que fue capitán y que anduvo cazando guerrilleros en la montaña. No le gustaba hablarme de esas cosas— le dije mientras arrastraba una de las sillas junto a la suya.

Ella me entregó el diario que estaba leyendo. —Pues parece que no solo andaba cazando guerrilleros — me dijo.

A ese punto, los diarios de mi abuelo habían sido una serie de pensamientos vagos, ideas sin sentido que había escrito durante su declive mental o eso pensaba yo. Fátima se había tomado la molestia de revisar varios de los diarios de mi abuelo; no en todos había información valiosa, salvo en el más viejo de todos, uno que databa de cuando estaba en la guerra. Por primera vez tuve una pista de lo que mi abuelo había pasado en esa montaña.

Hoy perdí a dos de mis hombres. Anoche le dimos caza a un grupo enemigo, llevábamos un par de días siguiéndoles el rastro a lo largo de los cerros. Los encontramos en la noche, alrededor de un fuego, rezando de rodillas alrededor de la lumbre. Estaban desnudos, tenían las manos heridas y no se movieron o dijeron nada por más que los pateamos. Uno de mis hombres me dijo que nos habíamos encontrado con el enemigo haciendo algún tipo de brujería, pero no le hice caso en su momento. Me arrepiento de no hacerlo. Recuerdo el olor, azufre y mierda vieja. Ahí lo vi por primera vez, arrastrándose entre los árboles. Debí darle más importancia cuando pude.

Los enemigos no respondían, traté de no llegar a ese extremo, pero no tuve opción. Los ejecutamos a todos y quemamos los cuerpos. No había tiempo para hacer una tumba. Fue rápido, un disparo de clemencia para cada uno. Por desgracia, el escándalo lo llamó. El grito de terror de Evaricio nos alertó. Estaba masticando uno de los cuerpos quemados de los guerrilleros. Era del tamaño de un perro grande, de piel verde escamosa, tenía la cabeza de una iguana deforme. Le disparamos todo lo que teníamos, pero no sirvió de nada. Uno de los hombres incluso le dejó clavado su rifle con todo y bayoneta en la espalda, pero no le afectó.

Lo seguimos por horas, pero se movía rápido y atacó de regreso. Mató a Gustavo y a Héctor, los destripó en segundos con sus garras. Después fue la luz azul, comenzamos a ver cosas, familiares, personas que matamos en combate, todos diciéndonos que nos suicidemos. Estaba jugando con nuestras mentes. Lo seguimos hasta que se hizo de día, los disparos no lo mataban, pero le dolían. Lo podía escuchar chillar. Lo terminamos acorralando cerca de un cenote, lo rodeamos y le disparamos hasta que cayó. Todos sabíamos que esas cuevas no tenían salida, por eso eran tan peligrosas.

Todos lo vimos salir del agua y meterse a los túneles. Mis hombres estaban asustados, pero todos sabíamos que no podíamos decir nada. Nuestros superiores nos iban a tachar de locos, íbamos a terminar presos o fusilados. Acordamos decir que nuestros compañeros murieron en batalla y que no encontramos sus cuerpos. Pero esa cosa seguía ahí abajo y no podíamos dejarlo sin cuidado, así que jugamos a sacar el palo más pequeño y perdí.

Ahora me toca cuidar lo que está enterrado en la montaña de diamante.

Estaba tratando de procesar todo lo que acababa de leer cuando el sonido de un motor grande se escuchó. Salí de la casa a toda prisa para encontrarme con una enorme camioneta blanca afuera; era mi tío Claudio.

—Entonces sobrino ¿Ya te pusiste cómodo? — me dijo al bajarse de la camioneta.

—¿Qué se te ofrece Claudio? — le respondí, sabía que no venía por nada bueno.

—Cálmate, que no vengo a buscar pleito. Quería hablar con vos, de hombre a hombre — me dijo.

—Rápido, que no tengo todo el día— le dije, encarándolo.

—Mirá, yo sé que las cosas han estado mal entre vos y yo desde que le grité a tu mama, y me disculpo por eso. Pero

vengo a hablar de negocios, uno que sé que te va a interesar—. Él sabía bien cómo captar atención. —Estas tierras no te sirven de nada, vos sos un médico bastante bueno, tu vida es esa. Unos socios míos en las tabacaleras están dispuestos a pagar mucha plata por esta montaña; hace unos meses hicieron unos estudios de agua y suelo. Esta es buena tierra para trabajar. Sos un chavalo inteligente, agarra la plata y regresa a Managua— me dijo.

—Vos también sos inteligente Claudio, lo suficiente como para saber que aquí no hay solo agua y buena tierra— respondí.

Él miró directamente a mi frente herida —Ya me di cuenta de que vos también sabés. Pero eso no es algo de lo que vos tengas que preocuparte, yo me encargo de todo— mi tío se acercó demasiado, podía su asqueroso aliento a cada palabra que me decía. —No tenés que lidiar con esta mierda, mirá mi papa, se murió loco por quedarse aquí. No te hagas lo mismo— me dijo.

—No me imagino que a tus socios les vaya a gustar la sorpresa que se van a llevar con su primera noche trabajando aquí— le dije a mi tío.

—Eso no importa. Para cuando se den cuenta vos y yo ya vamos a tener la plata, y nadie nos va a poder joder—

Lo consideré por un momento, era una salida bastante buena, pero yo había tomado mi decisión. —Tengo una mejor idea—, eso lo hizo sonreír inmediatamente a Claudio. —Vos y tus socios pueden agarrar su plata y metérsela por el culo. Esta tierra era de mi abuelo y no se vende— le dije, borrándole la sonrisa de la cara tan rápido como el golpe que me dio.

Caí de espalda al suelo, aturdido y sin saber cómo reaccionar. —Intenté por las buenas, ahora me vas a conocer, muy hijueputa—. Mi tío me sujetó por el cuello de la camisa, estaba por volver a golpearme cuando dos disparos hicieron eco entre la copa de los árboles e hizo zumbar mis tímpanos.

Fátima le estaba apuntando directamente a mi tío con una pistola —Soltalo y apartate— le ordenó.

Mi tío Claudio obedeció y levantó las manos —Suave, que esa mierda que no es un juguete— le dijo a Fátima mientras daba varios pasos hacia atrás.

—¿Alchile? No me digas, hijueputa— le respondió Fátima antes de disparar una vez más directo a la camioneta.

Me levanté del suelo y corrí al lado de Fátima. —¿De dónde agarraste eso? — pregunté mientras me sacudía la tierra de encima.

—Del escritorio ¿sabías que tu abuelo la mantenía cargada?
—

Mi tío Claudio no pudo resistir el enojo de su ego lastimado y, el ser amenazado, solo lo hizo explotar. —¡Esto no va a quedarse así, ya van a saber quién es Claudio Verón! — gritó mientras caminaba a su camioneta.

—¡Y a la otra no respondo! — le gritó Fátima con la mira puesta sobre él.

Ambos miramos como la camioneta arrancaba y se alejaba en el camino de tierra. —Gracias— le dije antes de abrazarla.

Ella me dio un beso en la mejilla. —De nada, vení a ver lo que me encontré— me dijo tras regresarme el abrazo.



6

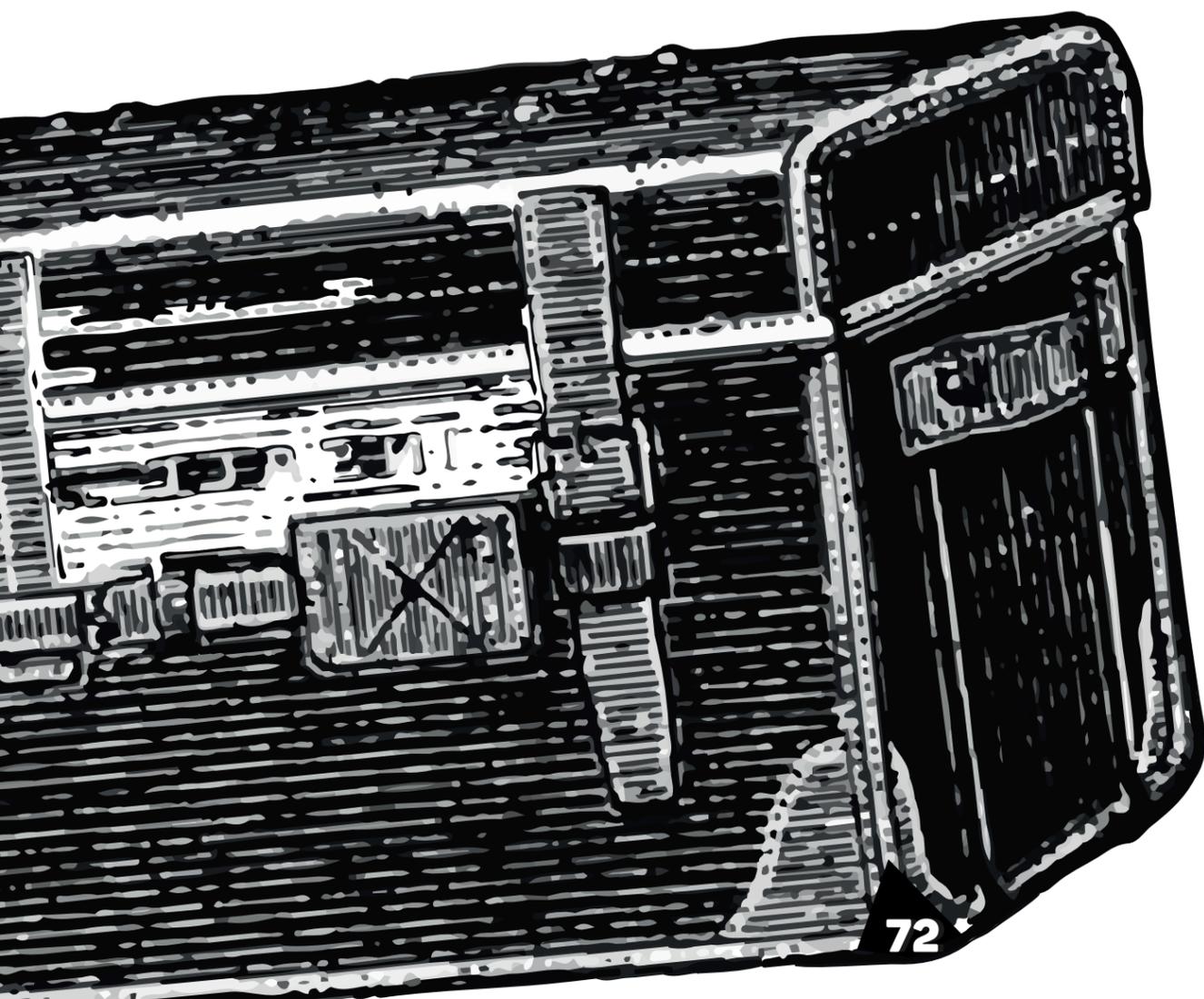
Regresamos a la oficina, revisamos los diarios un par de horas, pero no encontramos nada de provecho. Fátima, por otra parte, rompió el candado de del baúl de mi abuelo, varias facturas, un par de actas de nacimiento, dos pistolas viejas aún cargadas, un rifle de cerrojo y una cantidad absurda de balas.

Nos sentamos en el suelo a sacar con cuidado todas las cosas del baúl, tal parece que era el arsenal privado de mi abuelo. —Mi abuelo tenía suficiente munición como para armar un ejército ¿Deberíamos decirle a la policía? — le dije a Fátima.

—No creo que a tu abuelo le cayeran bien, menos cuando tenés estas cosas en tu casa— Fátima sacó del baúl una granada.

—¡Cuidado con esa mierda! —Le grité mientras gateaba lejos de ella.

Fátima dejó el explosivo donde lo había encontrado. —Seas cochón, si fuera peligroso hubiera explotado hace años— me dijo.



Entre tantas cosas peligrosas, algo llamó mi atención. Al fondo del baúl encontré un bolso de cuero que se miraba un poco deteriorado. Al revisarlo por completo, me encontré con un interior de tela totalmente nuevo, y una carta que tenía mi nombre escrito en cursiva.

—¿Y eso? —Me preguntó Fátima al verme abrir la carta.

Sentí una fuerte presión en el pecho, al abrir la carta. No pude contener mis lágrimas al leer las palabras que mi abuelo había dedicado para mí.

Mi querido Hugo, que este bolso te sirva ahora que te vas en tu camino a ser doctor. Sé que vas en un camino a volverte un gran hombre y que no ha sido fácil, pero es lo correcto. Llega el momento en la vida en que se debe tomar la decisión más dura, por el bien de uno y de los demás. Estoy orgulloso de vos, espero que cuando nos volvamos a encontrar ya seas un gran médico.

Te quiero hijito.

El día que me marché de Santa Helena tenía planeado verme con mi abuelo, pero me fui antes por miedo arrepentirme de mi decisión. Quince años después recibí su regalo y su carta, lo único que pude hacer fue llorar mientras abrazaba aquel bolso de cuero. Mi mente estaba dando mil vueltas. Aquellos recuerdos de mi infancia que pasé a su lado. Caminando por el parque, en mis partidos de baseball, tomando mi primera taza de café.

Fátima intentó consolarme con un abrazo, pero el momento fue interrumpido una vez más por el sonido mecánico de un motor grande. Corrí a la puerta de la casa, pude escucharlos, eran varios y se acercaban bastante rápido. Me asomé por la para ver a una flotilla de camionetas subiendo a toda velocidad por el camino de tierra. No mucho después, un estruendo recorrió el aire, seguido de escombros que saltaba de las paredes, le estaban disparando a la casa. Cerré la puerta de la casa y regresé corriendo a la oficina, ahí Fátima ya estaba metiendo varias armas y balas en el bolso de cuero.

—Tenemos que irnos a la verga de aquí— le dije mientras bajaba la escopeta que estaba colgada sobre la ventana y me ponía la correa al hombro.

Fátima se puso el bolso al hombro y agarró una de las pistolas. —Te sigo— respondió.

Ambos salimos por la ventana que daba con la parte trasera de la casa, nos dimos de la mano y comenzamos a correr. —No mires para atrás y agacha la cabeza— le dije a Fátima.

Nos adentramos en el bosque y corrimos tan rápido como nos fue posible. Podíamos escuchar los gritos de los hombres desde que llegaron a la casa, cómo se acercaban cada vez más. Teníamos una pequeña ventaja, pero no sirvió de nada. A los pocos minutos los disparos comenzaron a zumbear cerca de nosotros, salpicando la tierra y astillando los árboles. Nos movimos en zigzag mientras nos disparaban, la ansiedad calaba el hueso y erizaba cada cabello en mi cuerpo, empeorando solo cuando escuché a Fátima gritar. Una bala le había dado en el antebrazo izquierdo.

Ella dejó caer la pistola, no podía cerrar la mano y comenzó a llorar al ver la sangre escurriendo hacia su mano. —¡Seguí! — le grité.

No podíamos detenernos, estaban demasiado cerca. Escondido entre los árboles, divisé un pequeño muro de piedra, aquel que no debía cruzarse según las reglas de la propiedad. La noche estaba cerca, podía ver las luces naranjas pintar el bosque; era una oportunidad para salir de esta situación. Saltamos el muro tan rápido como nos fue posible.

Fátima no dejaba de sangrar, debía de atenderla lo más pronto posible. —Hugo, me duele— me dijo entre lágrimas.

—Ya falta poco— le dije cuando a los lejos pude ver el cenote mencionado en el diario de mi abuelo.

Aquel era un gigantesco cráter terriblemente profundo que parecía llevar al corazón mismo de la montaña. Nos paramos al borde de este, mientras los gritos se acercaban cada vez más. Hacia abajo pude ver un gran ojo de agua que parecía no tener fondo.

—¿Qué hacemos ahora? — me preguntó Fátima.

La sujeté con fuerza de los hombros —¿Te acordás cuando nos íbamos a bañar al río? — le pregunté.

—¡Hugo, que ni se te ocurra! —me gritó antes lanzarme junto a ella hacia el cenote.

Nuestros cuerpos golpearon el agua fría a gran velocidad, tuve que ayudar a Fátima a llegar hasta la superficie y nadar hasta una pequeña saliente llena de rocas grandes donde vimos las entradas de los túneles. Salimos temblando del agua, intenté recuperar el aliento, pero el brazo de Fátima no dejaba de sangrar. Era urgente tratar su herida cuanto antes. Desde el tope pude escuchar cómo un hombre gritaba: — ¡Esos locos se tiraron! —

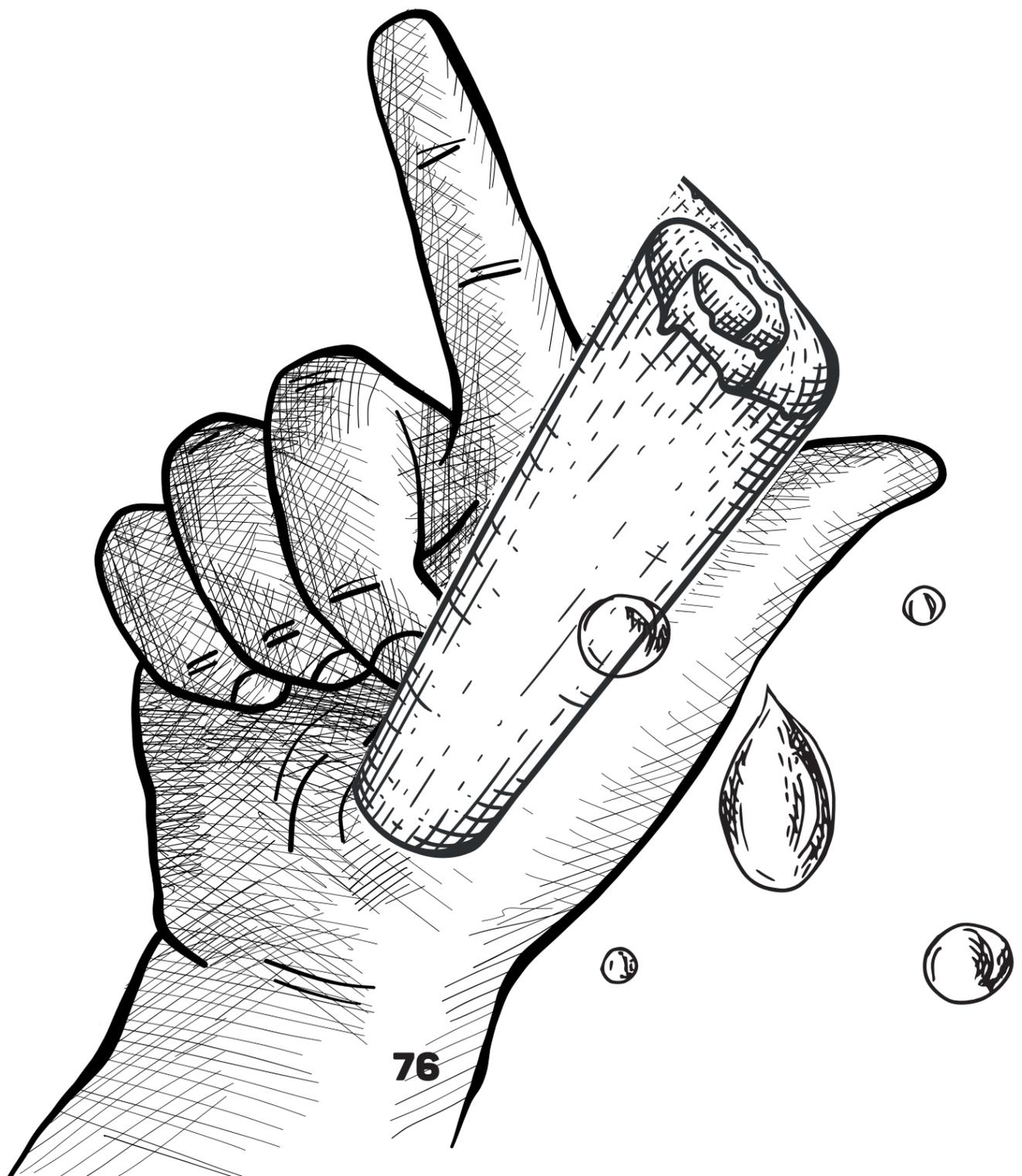
Fátima aún seguía tosiendo el agua que tragó cuando la arrastré tras una piedra donde no podían vernos. —Todo está bien, déjame ver esa herida— le dije mientras revisaba su brazo. La bala había entrado y salido del antebrazo, la hemorragia no se detenía y ella ya se miraba bastante pálida. No tenía gazas limpias o equipo estéril, tuve que improvisar un torniquete con una rama seca que encontré y un pedazo de tela que arranqué de mi camisa. —Esto te va a doler— amarré el torniquete, di vueltas a la rama y apreté hasta que la hemorragia se detuvo. Ella no pudo evitar gritar con toda su fuerza, sus alaridos recorrieron los túneles y, por desgracia, alertaron a nuestros perseguidores.

Desde el tope del cráter escuché la distintiva voz de mi tío —¡Traigan la camioneta y los mecates! — Mi corazonada terminó siendo real, él iba a bajar a buscarme. —¡Ya van a ver cuándo los agarre! — nos gritó desde arriba.

No pude evitar antagonizarlo. —¡Te quiero ver, viejo cerote! — sabía bien que la noche estaba por llegar, solo debía jugar más con su ego. —¿Te vas a quedar ahí con tus maridos o vas a bajar?! — le quité a Fátima el bolso de cuero y busqué dentro de este. Ahí encontré un revolver viejo, un par de municiones, la granada y la carta que mi abuelo me dejó. Tomé el pedazo de papel mojado y lo mostré por encima de la roca que me cubría. — ¡Aquí tengo las escrituras, vení por ellas, cerote! — le grité, asomando el papel por encima de la roca que me cubría.

—¿Qué puta estás haciendo? —me preguntó Fátima entre sollozos.

—Confía, vamos a salir de aquí— le dije mientras la ayudaba a ponerse de pie y entrabamos al túnel frente a nosotros.

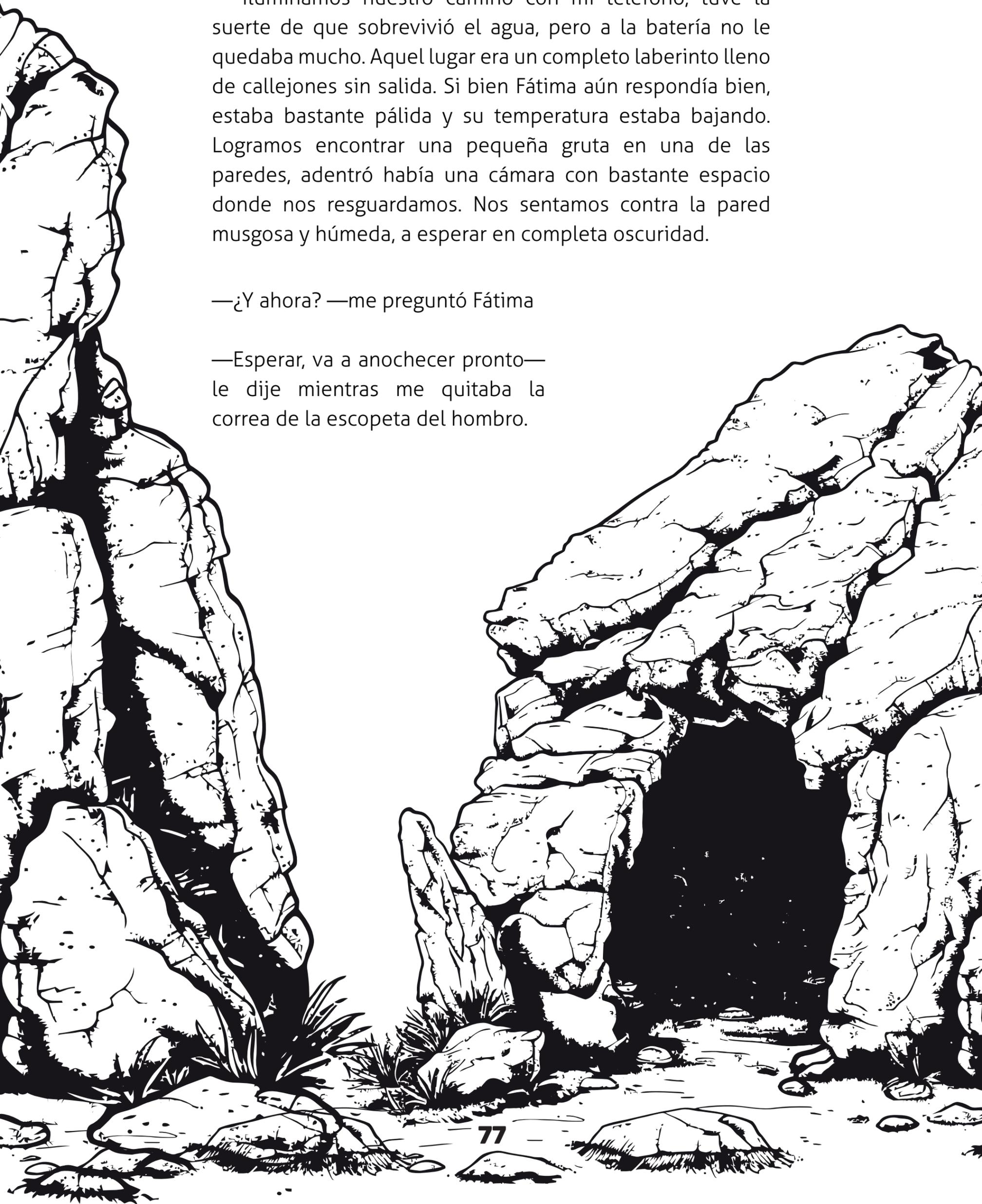


7

Iluminamos nuestro camino con mi teléfono, tuve la suerte de que sobrevivió el agua, pero a la batería no le quedaba mucho. Aquel lugar era un completo laberinto lleno de callejones sin salida. Si bien Fátima aún respondía bien, estaba bastante pálida y su temperatura estaba bajando. Logramos encontrar una pequeña gruta en una de las paredes, adentró había una cámara con bastante espacio donde nos resguardamos. Nos sentamos contra la pared musgosa y húmeda, a esperar en completa oscuridad.

—¿Y ahora? —me preguntó Fátima

—Esperar, va a anochecer pronto—
le dije mientras me quitaba la
correa de la escopeta del hombro.



Miré la hora en el teléfono antes de que la batería se acabase, eran las seis de la tarde y mi tío había bajado a la cueva junto a sus hombres. Sus pasos y voces se escuchaban a lo largo de los túneles y se acercaban a nosotros. Como lo esperaba, no fuimos los únicos en escucharlos llegar. El musgo, los hongos e insectos comenzaron a brillar, emitiendo una antinatural luz azul que iluminó toda la cueva. Finalmente, podía ver mis manos frente a mi rostro, esas que mismas que temblaban con frío y nervios.

—Se despertó— le dije a Fátima mientras apuntaba la escopeta hacia la grieta.

Aquel rugido gutural hizo eco en cada centímetro de la cueva, erizando mi piel y acelerando mi corazón. El silencio duró un par de minutos, podía escuchar mis latidos y los de Fátima, la respiración acelerada y las gotas cayendo del techo. El primer disparo se escuchó, seguido del grito desgarrador de un hombre. El caos fue total, alaridos de terror, ráfagas por doquier y los galopes de una monstruosidad que estaba de cacería.

—¿Qué puta está pasando? —me preguntó Fátima. Estaba totalmente aterrada, al igual que yo.

No pasó mucho cuando algo se acercó a gran velocidad. Puse mi dedo en el gatillo, rezando de que nada nos encontrara ahí. Como una mala broma de la suerte, un hombre trató de entrar por la grieta en busca de un escondite, lo puedo recordar perfectamente. Tenía la cabeza rapada, un bigote tupido y una mirada de terror puro. —¡Ayúdenme! —nos gritó mientras intentaba arrastrarse dentro, pero su cuerpo regordete no lo dejó cruzar la grieta. Tan rápido como trató de entrar, fue arrastrado hacia afuera. Instintivamente, tapé la boca de Fátima, evitando que nuestra presencia se revelara. Escuchamos a detalle el sufrimiento de aquel hombre, sus sollozos de dolor, su cuerpo siendo azotado contra las paredes del túnel, sus huesos rompiéndose y los gruñidos de aquella cosa. Fue especialmente difícil mantener la calma cuando una cabeza

cercenada rodó por la grieta y chocó contra mis pies. Comencé a hiperventilarme y a temblar, varias lágrimas se deslizaron lentamente por mis mejillas.

En mis pesadillas siempre recordaré la expresión de dolor marcado en aquel rostro, esos tentáculos escurriéndose por la grieta, enredándose en la cabeza y jalándola hacia afuera, seguido de un sonido que solo puedo describir como una piedra partiéndose en pedazos. Desde afuera de la grieta, un brillo amarillo se escapa e iluminaba ligeramente nuestras piernas. Mi estómago estaba revuelto y no podía dejar de llorar. Para nuestra suerte, otros gritos llamaron la atención de aquella cosa; esta se marchó galopando.

Sentimos que podías respirar de nuevo. —¿Qué fue eso?... — susurró Fátima, quien se acostó en posición fetal a llorar.

Apoyé mi cabeza contra el muro y respiré profundo. —No podemos seguir aquí, vamos a irnos mientras esa cosa los persigue— le dije a Fátima. Me puse la escopeta al hombro y ayudé a Fátima a ponerse en pie. —No grites, no importa lo que veas—

Salimos de nuestro escondite, arrastrándonos por debajo de la grieta y revolcándonos en la sangre y restos esparcidos de aquel pobre bastardo. Nos movimos con cuidado por los túneles, soportando un olor asqueroso a azufre y excremento. Los gritos y disparos se detuvieron, y el brillo de azul de las paredes se intensificó.

—Hugo... ¿Qué puta es eso? — Me dijo Fátima mientras señalaba al frente.

De entre las sombras del túnel emergió una abominación repulsiva que me horrorizó profusamente. Cuatro piernas humanas unidas en una masa de carne deforme, dos torsos unidos a la mitad como siameses y las cabezas de dos ancianos. En sus brazos alargados arrastraban lo que parecían sábanas manchadas de sangre.

Por más mediocre que fuese la iluminación, logré reconocer que uno de los rostros, era el de mi abuelo. —Me abandonaste, Hugo...— me dijo mientras se reía a carcajadas. Al inicio no pude identificar al otro anciano —Fátima... no le digas a nadie, Fátima— repetía una y otra vez. Fue hasta que este habló que mi mente me trajo un recuerdo. Se trataba del abuelo de Fátima, un hombre que conocí un par de veces cuando era niño.

Fátima tuvo suficiente a ese punto, metió su mano en el bolso, de este sacó una pistola y vació todas las balas contra aquella cosa. No le importó que nuestros tímpanos zumbaran con cada disparo, ella siguió hasta que aquella masa de carne golpeó el suelo. En un parpado esa cosa se comenzó a deshacer en pequeños pedazos de mugre. —¡Tenías que quedarte muerto! — le gritó antes de caminar hasta la pila de mugre y escupirle.

No quise preguntar nada al respecto, no era el lugar ni el momento para compartir traumas. Solamente caminé hacia ella y le dije: —Vámonos, hicimos mucho ruido—. Corrimos por miedo a que los disparos llamaran la atención de la verdadera bestia, pero eso no pasó de inmediato. En un par de minutos encontramos nuestro camino fuera de los túneles.

—Ya casi— le dije a Fátima.

Colgando desde el tope del cenote había varias cuerdas con las que aquellos hombres bajaron, esa iba a ser nuestra salida. Yo sería el primero en trepar y desde arriba subiría a Fátima, una buena idea en teoría. Por desgracia, esta tuvo que esperar, pues cuando nos paramos frente al agua a discutir todo esto, un grito se escuchó desde adentro de uno de los túneles.

—¡Hugo! — se trataba de mi tío. Había sobrevivido a los túneles, o eso pensé al verlo. Estaba cubierto de tierra, su ropa estaba rasgada, sus ojos se tornaron de un color amarillo intenso, su voz se volvió más profunda y rasposa. —¿A dónde vas? — me preguntó.

Le apunté con la escopeta —No te movas Claudio, ya se acabó—

Él se comenzó a reír a carcajadas, todo mientras el oscuro túnel tras comenzada a brillar en azul —No te vas a ir, vas a pagar por la insolencia de tu abuelo y por el tiempo que me tuvo aquí encerrado, forzándome a comer mi carne, esperando el día de mi libertad—su cuerpo comenzó a tener pequeños espasmos y su boca a sangrar. —No pude llegar a él nunca, me conformaré contigo— me dijo.

—Hugo, dispara— me dijo Fátima, aterrada de ver que esa cosa había dejado de ser mi tío.

No pude hacerlo, pensar en tomar la vida de una persona hizo que mi cuerpo se congelara. El brillo del túnel se apagó y de las sombras aquella monstruosidad emergió, abrió sus gigantescas fauces cubiertas de dientes chuecos y afilados, de su interior tres lenguas reminiscentes a tentáculos se enrollaron en la cabeza de mi tío y lo arrastraron hasta la boca de aquella cosa. Una mordida rápida bastó para separar la cabeza del resto del cuerpo. Al final no tuve que acabar con la vida de mi tío, de hacerlo hubiese sido más digno.

No podré olvidar la primera vez que vi a esa cosa; era peor de lo que mi abuelo descubrió en sus diarios. Aquella piel verde y húmeda con escamas, varios ojos amarillos que brillaban como el neón, cuatro patas cortas con garras afiladas. En su lomo tenía dos apéndices con picos en la puna, que parecían una especie de brazo mal formado. Una hilera de espinas que recorrían desde la punta de la nariz, hasta la punta de la cola. En uno de sus costados tenía clavado lo que parecía un viejo rifle de cerrojo; la piel se había encarnado y crecido alrededor de este. Su vientre brillaba de un azul intenso, que se intensificaba a cada paso que daba.

Me comencé a sentir mareado, mi vista se puso borrosa y en dónde de mi mente podía escuchar una voz inhumana, hablándome, describiendo a detalle cómo quería

torturarme, hacerme pedazos lentamente y saborear mi dolor.

—¡Que dispires, mierda! —me gritó Fátima antes de meter su dedo en el gatillo de la escopeta y disparar por mí.

Los perdigones lo golpearon en la cabeza, arrancándole un pedazo de carne, pero no sirvió de nada. La herida se sanó caso al instante, la carne volvió a crecer, dejando a penas una pequeña marca sobre la piel. Le volví a disparar dos veces más, pero solo logré hacerlo enojar. Eso cargó hacia nosotros con gran velocidad, empujé a Fátima hacia el agua justo antes de ser golpeado por la cola de la bestia, dejando caer el arma.

Me lanzó a varios metros de distancia, sentía que no podía respirar o moverme. Sentí que estaba por desmayarme cuando volví a escuchar la voz de aquella cosa, dando vueltas en lo profundo de mi mente. —De pie, no te quiero muerto tan rápido— me decía. Logré ponerme de rodillas y mirarlo directamente, eso soltaba un pequeño chasquido que trataba de imitar una risa. Me costaba respirar, una enorme presión en mi tórax me hizo pensar que más de una costilla se había roto. Fátima había salido del agua y se arrastraba por el suelo hacia la escopeta.

—¡El bolso! —me gritó ella.

La bestia comenzó a caminar hacia mí con sus fauces abiertas, sus lenguas se movían de un lado a otro soltando espesa baba verde. Comenzó a hurgar con una sola mano dentro del bolso en busca de un último golpe de suerte. Fátima logró dispararle una vez más en el lomo, haciendo voltear a la bestia un instante. Su vientre se volvió a encender de azul y en mi cabeza volví a escuchar aquella macabra voz —Eres la siguiente—. Cuando sus asquerosos ojos amarillos volvieron a estar fijos sobre mí, yo me encontraba de pie, sosteniendo la granada y con un dedo en el seguro.

—Podés regresarte al hoyo de donde saliste— dije antes de quitarle el seguro a la granada y lanzarlo con mis últimas. En lugar de hacerse a un lado, el monstruo atrapó la granada con sus lenguas y la engulló. Me lancé al suelo y cubrí mis oídos. El estruendo pudo escucharse por toda la montaña, la sangre espesa y maloliente salpicó las paredes y el suelo. Lo que era su cabeza terminó completamente deshecha, parecía un montón de carne molida y humeante.

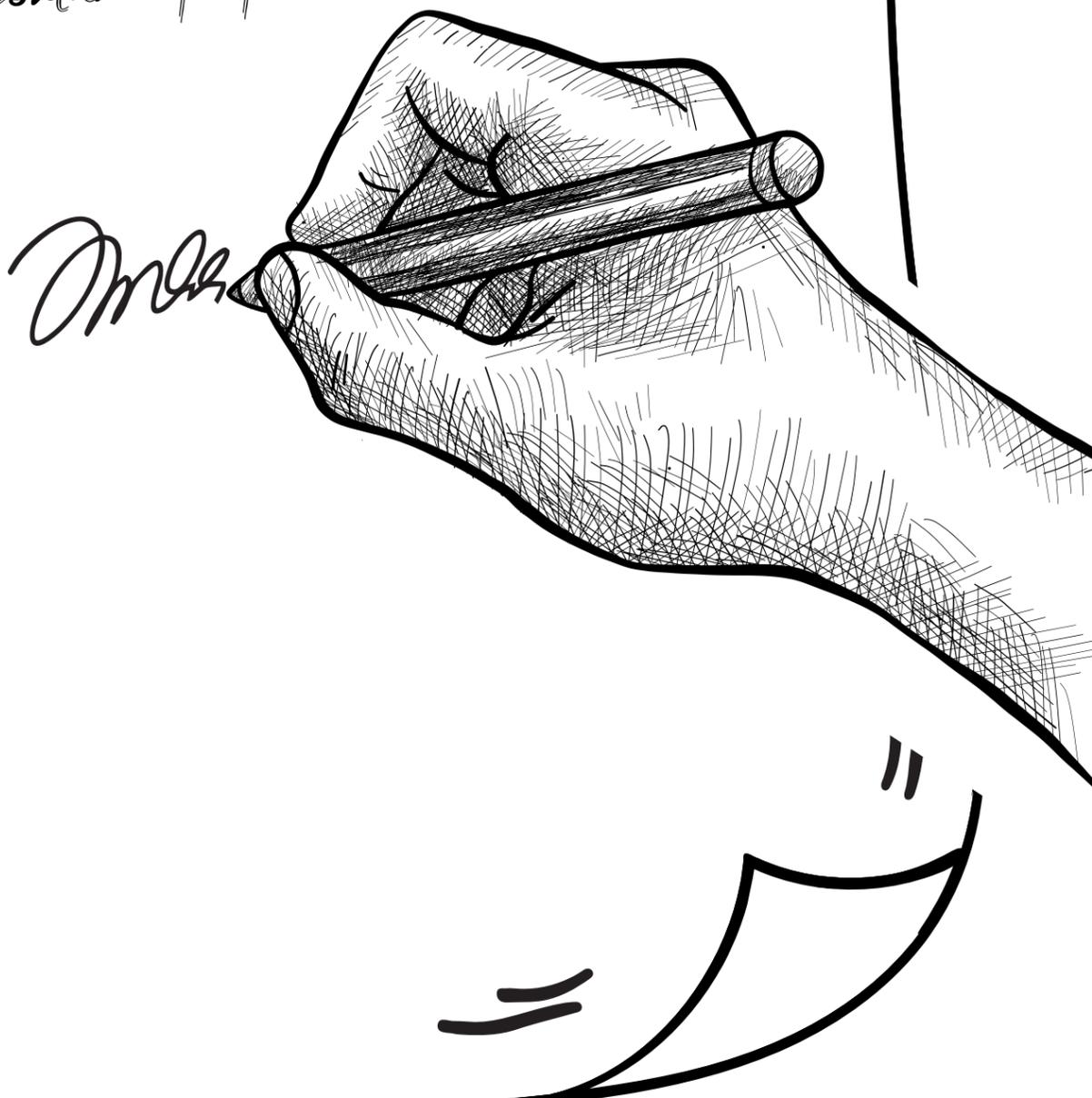
—¿Ya terminó todo? —me preguntó Fátima mientras la ayudaba a ponerse de pie.

—Ya, ya nos vamos de aquí— le respondí mientras la abrazaba.

Me tardé un rato, pero logré trepar una de las cuerdas hasta el tope del cenote; ahí me encontré con otra terrible escena. Los hombres que se quedaron a cuidar estaban muertos, lo que sea que esa cosa les mostrase con sus alucinaciones los llevó a tomar su propia vida con las pistolas que portaban. Revisé los cuerpos hasta encontrar las llaves de la camioneta que tenía la cuerda amarrada. Fátima se sujetó a la cuerda desde el fondo mientras yo ponía en marcha la camioneta, usándola como un elevador improvisado. Cuando la ayudé a subir, di un último vistazo al fondo del cenote, donde antes estaba el cadáver de aquella cosa; solo había rastro de su sangre que llegaba hasta uno de los túneles.

Logré llevarnos hasta el hospital más cercano, trataron nuestras heridas y pasamos ahí un par de días. Ahí llamaron a nuestras madres, ellas nos cuidaron y se encargaron de que nadie hiciera preguntas. En cuanto nos sentimos mejor, Fátima y yo nos marchamos del pueblo juntos, queríamos olvidar lo que pasó esa noche y comenzar de nuevo. Pero, mi conciencia no me permite quedarme callado. La verdad sobre mi abuelo debe saberse, además de las atrocidades que sucedieron en aquel lugar.

Cuando lean esto ya no estaré en el país. Les
dejo este escrito como un testimonio de lo que viví y
una advertencia. Los sensatos me creerán, los torpes
harán caso omiso. Pero todos deberán saber lo que
encontré en la casa de mi abuelo, saber lo que está
enterrado en la montaña de diamante.



CARNE SANTA

Por: Fernando J. Ruiz

Lo habían logrado seguir unas cuatro cuerdas desde el cementerio hasta la catedral. Tras aquel disparo, el rastro de sangre se hizo notorio entre las bancas de madera del templo. La teniente Arcia le preguntó al detective Sáenz si alguna vez un "rastreador" le hizo daño a alguien. Saézn contestó en voz baja que en sus treinta años interactuando con estas criaturas ninguna atacó físicamente a nadie, era imposible a menos que el espacio mismo se dañase, además añadió no eran capaces de hacerse visibles, no en nuestro plano. La lámpara ultravioleta le falló a la teniente al llegar a las escaleras del segundo piso.

—Usaré la lámpara del celular, espera un momento, está oscuro —advirtió al verla subir apresurada en la oscuridad.

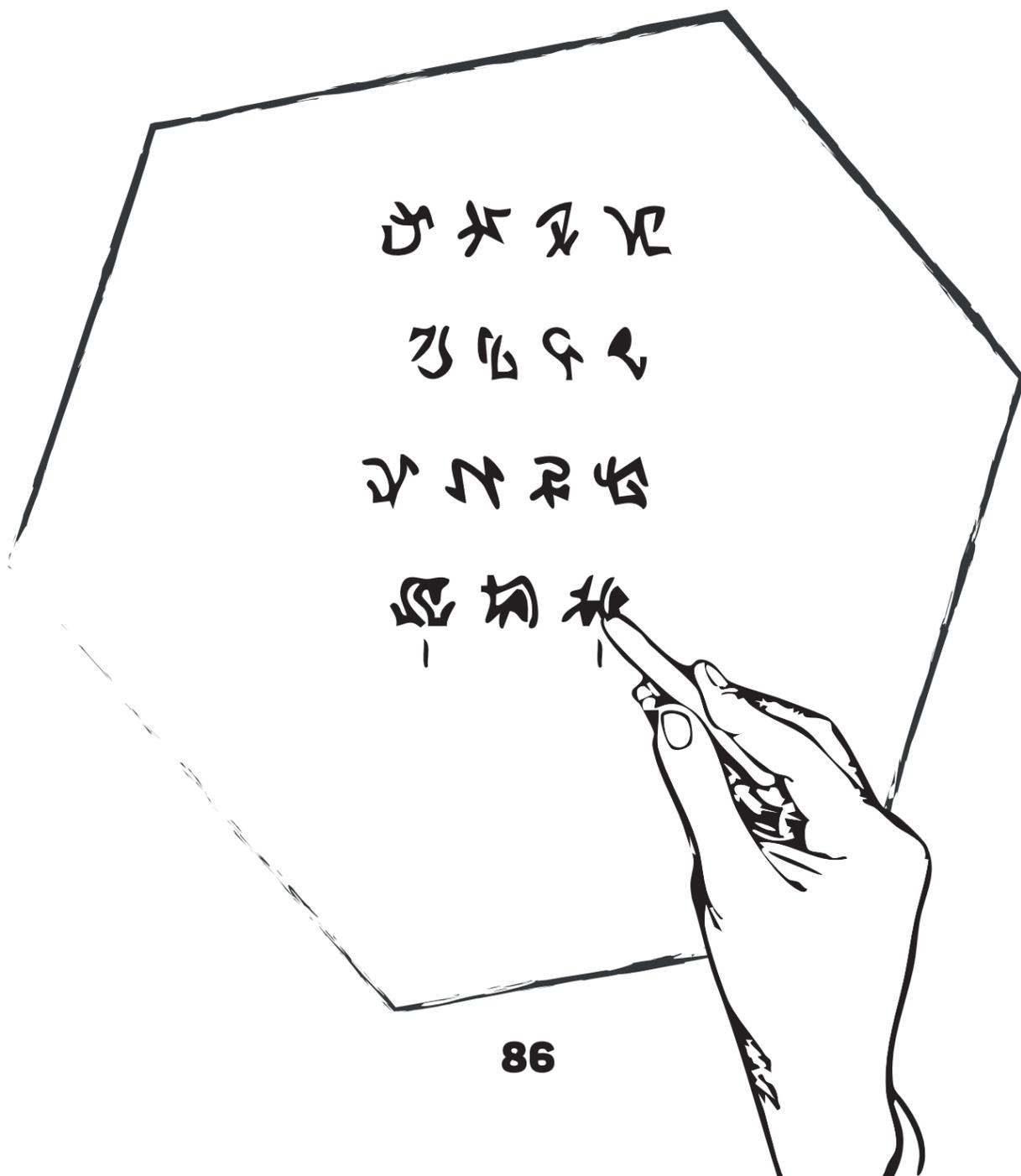
—Esa cosa está arriba, Jonás —le apuró moviendo las manos—, lo tenemos a un tiro —revisó el cargador de su Glock 26, cuatro balas aún disponibles— no puedo creer que no estés en servicio teniendo en cuenta la cercanía del caso al pueblo.

—Dame un minuto con él, Dina, solo eso pido; si reacciona agresivo, disparas —Arcia afirmó con la cabeza a su petición— ah, y no me gusta traer el trabajo a casa —llegaron al piso superior compuesto de pasillos alrededor de las paredes.



Sáenz iluminó rápidamente las esquinas más lejanas para determinar la ubicación de la criatura, dando con ella al final del pasillo izquierdo, teniendo que pasar ambos junto al piano para hacer un tiro limpio. Avanzaron con cautela hasta quedar de frente a la criatura. Sáenz fue de primero en cuclillas para simular su altura; Arcia apuntó de pie, avanzando un paso cada dos de su compañero. La luz golpeó la gabardina café que cubría su cuerpo. Sus facciones faciales estaban borradas de su blanco rostro, dejando visibles dos puntos negros. Solo su brazo izquierdo usaba la manga de la gabardina; el otro estaba oculto debajo de la misma.

—¡Oye! pequeño bribón —dijo Sáenz con voz pausada— guarda la calma, no saldrás herido —sacó una tiza de su bolsillo y empezó a dibujar en el suelo, esbozó un hexágono rellenando su interior con símbolos de una lengua muerta. La criatura lentamente reconoció los detalles y se acercó con cautela hacia el interior, arrastrándose.



—Ten cuidado, Jonás, se está acercando —movió la mira hacia la cabeza del albino homínido, el cual extendió la mano cubierta por la gabardina hacia Sáenz, como pidiendo permiso para entrar al hexágono. Este último extendió la suya y le ayudó a ingresar.

—Ya sé lo que es Dina —conforme ingresaba su brazo, la ropa que lo cubría se volvía ceniza— no nos hará daño —de sus ojos vacíos salieron lágrimas; al entrar al hexágono, una luz blanquecina emergió desde los símbolos hacia arriba disparando virutas de tiza al aire— mira su brazo izquierdo —al elevarse las cenizas de la gabardina, el brazo oculto de la criatura quedó expuesto: su carne yacía hecha jirones, con tendones sujetando el poco músculo que tenía y en su antebrazo, hendiduras de cortes extensas hasta el hombro.

—Esto no tiene sentido. ¡Se supone que eso se llevó a los niños! —bajó el arma, perdiendo el deseo de disparar—, pero...

—Tiene las quemaduras de cigarro en el pecho —Sáenz dio un paso atrás saliendo del hexágono—, iguales a las de la niña que rescataron hace dos meses —la criatura sollozó con más alivio que tristeza cayendo de rodillas, cubrió con su brazo sano al herido, extendió dos protuberancias en su espalda notablemente amputadas y finalmente, desapareció tras una chispa azul pálida.

El detective Sáenz observó por el vitral hacia afuera de la catedral; una horda de "rastreadores" se acercaba despacio hacia la puerta del primer piso. Le advirtió a la teniente Arcia no bajar al primer piso hasta escuchar la ubicación de los niños aún desaparecidos. Suponiendo lo que venía, la detective se ofreció para controlar a quien se acercase con su arma, a lo que Sáenz aseguró que, si esta criatura sangraba, no estaba seguro de si lo que entrase por la puerta lo haría. La madera del primer piso sonó; ambos se pusieron de cuclillas para no ser vistos desde la planta inferior. Los "rastreadores" rodearon el templo por fuera; la presencia de una consciencia corrupta los atraía como insectos a la luz de un foco.

—¿Jonás eres tú? —preguntó una voz familiar para él desde las bancas—. Vi un fogonazo desde afuera, ¿te encuentras bien, muchacho? —Sáenz le indicó a Arcia en voz baja que solo podía dispararle al sospechoso cuando los “rastreadores” fueran visibles para ella. Tras darle esa indicación, bajó por las escaleras con naturalidad.

—Padre Olmedo, qué gusto —caminó por el púlpito hasta quedar frente a él—. No se preocupe, eso fue una “puerta”, la criatura ya no está con nosotros —una sonrisa a medias se marcó en el rostro del padre Olmedo.

—Me alegro tanto, mi muchacho —tomó asiento en una banca de la primera fila—; al fin acabará el pesar de tantas familias —suspiró sin expresividad.

—Aún no, padre, en mi trabajo no quedan restos —con ambas manos en la espalda, Sáenz empezó a titiritear uno de los “rastreadores” ubicado en el exterior de la catedral— así que esto no acaba hasta que encuentren los cuerpos.



—Sí, tienes razón —observó la sangre en los asientos—, pero me costará explicar estas manchas en las bancas —Sáenz avanzó hasta ponerse a pocos metros del sacerdote; el “rastreador” terminaba el penúltimo glifo raspando la pared, siguiendo el movimiento de manos del detective.

—Puedo ayudarte a limpiar mañana temprano —mientras Arcia escuchaba, se deslizó hacia las gradas tratando de obtener un mejor ángulo de tiro; sin embargo, el crujir de la madera reveló su ubicación.

—No, ya hiciste de más, Jonás —inclinó la cabeza con mirada acusativa—. ¿Es usted, teniente Arcia? Salga, por favor, me parece que debemos aclarar un asunto —Sáenz aceleró el movimiento del “rastreador” ignorando la discreción que llevaba.

El padre Olmedo se levantó de la banca tomando rumbo a las escaleras. Sáenz quien no había acabado el último glifo y sin conocimiento de lo que el padre podía hacerle a Arcia, abrió otra “puerta”, esta vez del tamaño de la habitación, limitando con esta el acceso al segundo piso e impidiendo a los que están dentro salir. La habitación entera se encontraba bañada de partículas hechas del cuerpo del “rastreador” que Sáenz utilizó.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Sáenz con ambas manos entrelazadas formando el último glifo faltante de grabar sobre la pared.

—Los necesito —intentó atravesar la barrera con su mano, pero la retiró tras sentir el intenso calor, volteó entonces hacia el detective—: viste lo que logré, es lo que siempre debimos ser, más que humanos, más que títeres de la muerte

—Lo que vi fue crueldad...—sus ojos se tornaron llorosos— ¡Dime dónde están, padre! —la costumbre se le escapó por la boca.

De pronto, el hexágono en el suelo se cerró de golpe alrededor de Sáenz; en las palmas del padre Olmedo yacía marcado el glifo que le faltaba al detective. Olmedo explicó que si él quisiera ya lo habría calcinado, pero no lo había hecho porque lo consideraba un hijo. Arcia, al notar lo sucedido, apuntó al pecho del viejo padre y disparó, sintiendo por instinto que estaba en peligro. La bala atravesó el cuerpo de Olmedo, más este no se inmutó tras el disparo.

—¿No desea ver un mundo donde la muerte sea solo un recuerdo, teniente? —se acercó a ella mientras seguía accionando el gatillo, dejándole tres agujeros en su pecho—. Veo que usted no entiende —tocó el cañón de la Glock 26, deshaciendo el metal en pequeñas virutas. Arcia quedó paralizada de miedo; con su otra mano sujetó su frente, elevando su cuerpo tres pulgadas sobre el suelo, dejándola suspendida en el aire.

—¡Basta, padre! —su corazón se le salía del pecho, las palmas de sus manos presionaban la barrera, quemándose sin retracción por el dolor; una mirada de perro embravecido se apoderó de Sáenz— no me hagas acabar esto ¡No quiero! Solo dime dónde están y lárgate —dijo con la voz llena de rabia y piedad revuelta.

—Lo siento, Jonás —los “rastreadores” lo rodearon, acercándose con recelo, a un metro de él e incapaz de sentir su presencia; las criaturas del éter lo veían, como si el padre Olmedo tuviese algo que eran incapaces de obtener— ellos son el sacrificio para que yo guíe a la humanidad.

El detective Sáenz cerró sus puños sabiendo que no podría cambiar la perspectiva de quien lo cuidó cuando quedó huérfano. En su mente, aquella figura de un hombre de fe yacía deformada en la de un hombre sediento de poder profano. Sus palmas sangraban cubiertas de quemaduras de segundo grado, sus dientes rechinaban del desgaste por la presión de la impotencia.

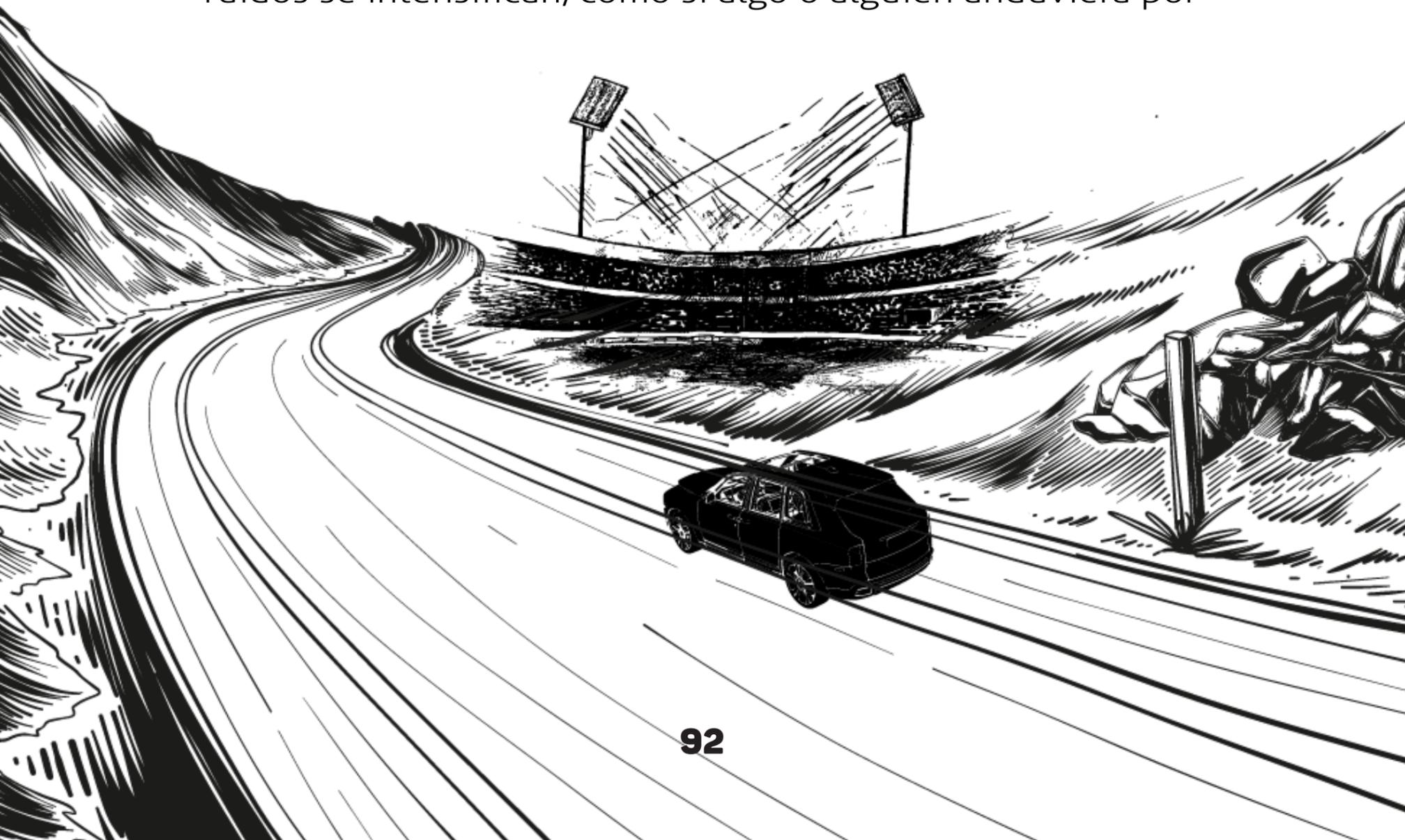
—Quiero que sepas —bajó la mirada para no ver la escena que acontecería— que recé para que no fueras tú —levantó ambas manos, su sangre flotó entre ambas formando una runa blasfema, una runa que alteró el tejido de la materia misma, permitiendo a los “rastreadores” materializarse en nuestro plano. Las treinta y nueve criaturas que seguían al padre Olmedo se abalanzaron sobre él, desde las paredes, desde el techo, desde el suelo; sus dientes como sierras cortaban sus entrañas, su sangre salía disparada a chorros, mas no caía al piso, el tiempo mismo se abrió para que las criaturas consumieran lo que buscaban.



COLAPSO

Por: Rolando Davila Sánchez

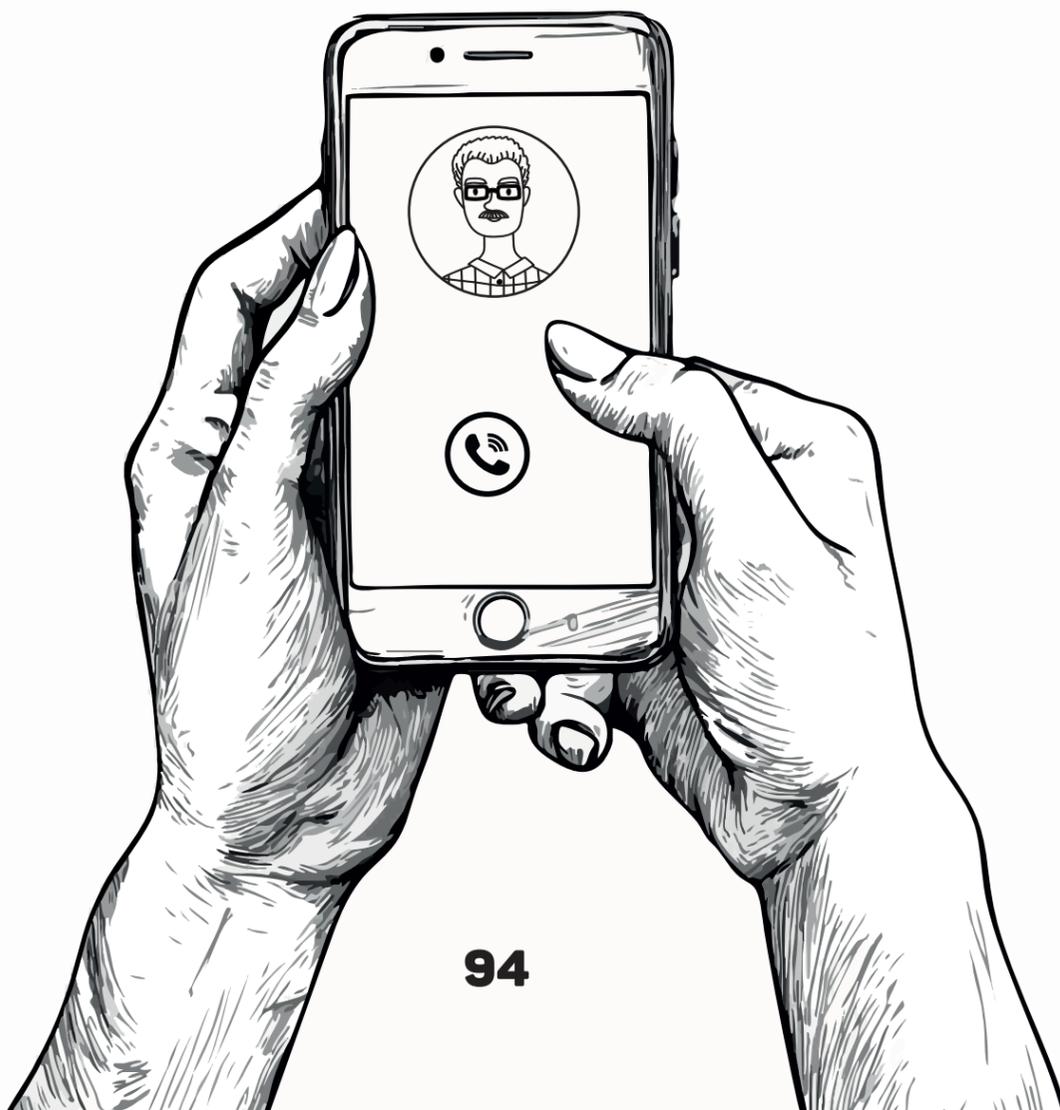
Despierta en el último asiento del vehículo, por lo general le toma alrededor de media hora llegar a casa y de haber llegado, su papá la habría despertado, pero al asomarse a los asientos de adelante, no ve a nadie. Se siente desorientada, ¿cuánto habrá dormido? ¿será que se bajaron a hacer algo? pero el vehículo está detenido en una calle, a un costado hay una cancha de fútbol y al otro un recreativo que esa noche está cerrado; es raro, no es sitio para detenerse, las ventanas de piloto y copiloto están a la mitad, pero el vehículo está apagado. Entonces, toda pereza y somnolencia se va, dando paso a la inquietud, se sienta, atenta al retorno, pero sigue pensando que esa pausa no tiene sentido, no hay nada cercano a lo que pudieran dirigirse, mucho menos algo que hacer por ahí, no recuerda ningún precedente. Está sola sentada en el vehículo, atenta, viendo a diestra y siniestra, no hay luminarias atrás, pero algo de luz le llega de la cancha, hay una al frente, pero no tan cerca; sombras, bultos, de algún paso eventual de algún vehículo, más raro que pase alguna persona del costado de la cancha, porque del otro no hay ni espacio para que alguien circule, el predio está oscuro y hasta montoso, los ruidos se intensifican, como si algo o alguien anduviera por



ahí, en la sigilosa cobertura de la noche, pero nada que pueda ver con la tenue difuminación de la luz arrojada por los escasos vehículos que por ahí transitan. Por alguna razón se agacha, para no ser vista, busca su celular, no tiene saldo para llamadas, mensajes ni datos para conexión a internet, nada raro, también su papá andaría en la misma situación; pero tiene el recurso de repicar la llamada para que notificar al destino, ¿a quién? primero a la pareja, inicia la salida, suena una vez, pasa un vehículo en cámara lenta reflejando la luz en el techo del vehículo como un caleidoscopio que cambia de forma a las fauces de un felino, a las escamas de un lagarto a una mancha funesta estilo rorschach; suena la segunda vez, ella piensa: "contesta, contesta, por favor, por favorcito, por Dios"; suena la tercera vez, ella ya está en pánico, está llorando, moviendo las piernas de forma inquieta, golpeando el piso... suena la cuarta vez, su llanto es desbordado, un vehículo pasó lento, indagando en qué pasaba, tal vez por su movimiento, seguro al notar que no estaba desocupado, siguió su camino... a la quinta vez se corta la llamada, no tuvo respuesta, pero se envió la notificación. Se sienta, sigue llorando, tiembla, no sabe qué hacer, a quién llamar, se pasa a los asientos de adelante, de alguna forma piensa que un auto vacío sería una presa fácil, reintenta la llamada, nota que todas las cosas están ahí, la mochila de su papá y el bolso de su pareja, se limpia las lágrimas, se recoge lo mocos, hará esto con cada repique de la llamada. Se diría que ella es una niña aun, apenas está aprendiendo como andar sola en bus ¿a qué edad se lo permitirían ustedes a sus hijos? en todo caso sería en la adolescencia o preadolescencia, según cada quién, tiene miedo, no sabe que sería mejor, si ver algún transeúnte o no encontrarse con nadie, o que por lo menos que no fuese un hombre, lo mismo con algún vehículo que circule. Intenta llamar a su mamá, bultos y sombras cesan, dando paso a la desolación, también de los ruidos, parecen los ruidos de una noche profunda, de un pueblo fantasma y del desamparo... tampoco tiene retorno de llamada, "típico", piensa. En ese momento nota que están las llaves en el vehículo, "Oh papá, si sólo hubieras seguido enseñándome a conducir como tantas veces dijimos", claro, llamar a su papá, la persona que dice quererla más en el mundo, hará

todo lo posible por contactarla y reconfontarla, no la dejaría sola a su suerte sin ninguna razón y haría todo lo posible por enmendarse, le intenta llamar, luz y esperanza vuelven a su corazón que palpita cada vez más rápido, puede sentir el pulso en la garganta, ya no llora, se limpia la nariz, con la oreja bien atenta a cada tono; ahora toca esperar, ya ha usado cuatro de los cinco intentos, tiene las piernas inquietas, el latido acelerado, las manos sudorosas, la mandíbula le tiritita, se sujeta la cabeza y el rostro, está helada... pero nadie devuelve la llamada, ¿qué podría hacer ahí, sola, temerosa, en pánico, en el desamparo?

No sabía qué hacer en una situación así, nadie nunca la había preparado para remotamente parecido. Ya no tenía más llanto, sola la nariz tapada, la boca seca y el corazón a mil, como si corriera un maratón a velocidad, tantas pulsaciones fuera de sí, era temor, pavor, pánico de pensar en todo lo malo posible, físicamente nada se le parecía y eso que es una atleta de alta intensidad y rendimiento, una joven promesa se diría, así fuera de un deporte prácticamente desconocido por lo poco habitual, al menos en el país, nunca antes hubo sentido así; la vista turbia se le difuminaba casi al desmayo, manos heladas sudorosas, piernas inquietas con calambre, sentía orinarse... hip, hip, hip, todo su cuerpo temblaba, algo, alguien se acercaba, una luz la cegó, se cubrió el rostro, adoptó posición fetal, en shock todo el cuerpo le tiritaba.



Su cuerpo, empapado en sudor, de pronto se detuvo... se enfrió, por fuera a temperatura ambiente, pero más tibia y caliente por dentro. Se reincorporó, ahora eran las neuronas las que palpitaban como su corazón lo hizo, ¿qué podría hacer? fue la pregunta desde el inicio, seguir esperando ante el riesgo y peligro del que ya se había percatado, el cuál aumentaba en el tiempo; ya no tenía como llamar y tampoco había funcionado; moverse, ¿a dónde? para encontrarse, tal vez, una adulta mujer que le pudiera socorrer... Su abuela, si, ¿cómo no lo pensó antes? ella da parte de las lecciones en una academia improvisada, no tan cerca de ahí, pero ella no lo sabía aunque si sabía cómo llegar, después de todo al menos estaban sobre la ruta habitual.

Bien, ¿qué hacer ahora? ya tenía un plan, por impulso quitó las llaves, cerró y aseguró todo, tomó la mochila de su papá y se dispuso a caminar por la calle más iluminada, ¿por qué se ancló a no moverse antes!? Recordó que en una situación en la que le robaron la batería del vehículo a su papá, lo primero que dijo hacer fue empujar el vehículo aparte de ahí, podrían, una vez verlo, asaltarle a él o terminar su trabajo. Su mente iba ocupada, cavilante, no sentía las pisadas pero le costaba cada paso, rendimiento al máximo, quería caminar más rápido, tal vez así lograba esquivar el dizque piropo de algún transeúnte eventual, vaya pena de las pobres idiotas, si supieran todo por lo que ha pasado la pobre niña a la que se atrevían a acosar; pero lento era todo lo que ella podía avanzar, aún pensó: "como mi papá" a quién tenía presente. "Caminar por lo claro" se dijo, no cambiar solo porque sí, se vería sospechoso, guardar esa opción por si alguien malicioso venía de frente o por si sentía que le seguían, tampoco voltear muy a menudo; y si esto sucedía, cruzar la calle, si la acechaban soltar las cosas que llevase como distracción, si no funcionaba, buscar dónde o con quién auxiliarse, y como último recurso, prepararse para el combate... su padre, siempre pensando en todo, medio sonrió con cariño mientras llegaba a su destino, pero más rápido salían las lágrimas: "mi papá, papito, ¿qué te pasó!?"

Ella conoce en esencia la rutina de su padre, una figura para ella tan rara como excepcional, pero, ¿no es eso lo que todos piensan de sus efigies? Sabe que después del horario de oficina se reúne con su pareja en algún sitio que les quede de camino o equidistante según las diligencias pendientes para hacer algo de ejercicio, dígame una hora, pero la actividad no es tan exigente. Al fin que algo es algo, ambos fueron asiduos practicantes en otros tiempos, aunque aún les coquetea el recuerdo de glorias pasadas, en especial a su papá que vive atemporal en la otrora época de joven potencia en deporte de contacto y combate; lo que hace sentido que tenga algunas reacciones. Si no, igual se verían, harían las diligencias y existe la posibilidad de que decidieran tomarse dos que tres cervezas, de acuerdo a la base sexagesimal árabe, era raro hasta en las supersticiones.

También sabía mucho del método Smith System, del manejo defensivo, en este mundo caótico de voluntad, sentimiento y rutina, cuyos egos confluyen en el tráfico. Aunque habitualmente tranquilo, esa actividad podía sacar lo peor de él, y ¿de quién no?, fácilmente airoso, iracundo como si colocasen una carreta a un caballo sin amansar. Solía discutir con otros conductores, pasaba con cierta frecuencia en algún punto del viaje siempre que iban juntos. Solía enseriar, lo contrario de una broma, con retas al otro conductor impertinente, incauto, descortés, avorazado, apresurado o lo que fuera, con tal de retarlo para educarlo a la vieja usanza, golpes; más bien la promesa de propinarle una paliza. Pero, pasada la oportunidad, era más bien motivo de gracia. No hay duda, que esa noche, antes de ir a traer, era muy probable que hubiera ocurrido, sea por el valor del recuerdo de la gloria debido a la ejercitación o por la ligereza de cuerpo que la bebida provoca; ni como saberlo, cuando llegaron por ella, sentíase tan cansada que solo contestó el saludo con monosílabos que parecían más bien balbuceo y se recostó en los últimos asientos, sin percatarse de quedarse dormida, como hipnótico.

En el diván, la mujer ojerosa despierta, me dice: “fue en Managua, durante la dictadura”, sin precisar el año, pensé: “suficientemente ambiguo”; ya el tiempo de la sesión había pasado, además, prácticas sicarias de intercepción de carros son mucho más antiguas que el vehículo mismo, ni los autónomos se salvan, sobretodo.



CULTURALIBRE

